

CANCIONES DE ALDA

Nelson Gasca Guzmán

CANCIONES DE ALDA
Nelson Gasca Guzmán, 2016

Portada: María Isabel Vargas Arbeláez

Canciones de Alda.....	1
Gallardía.....	9
No supo su nombre.....	19
Primer poema de Vicente.....	25
Al fondo púrpura.....	27
El caso del señor Guthrie.....	57
Alina.....	67
Segundo poema de Vicente.....	129
Fiesta, fiesta.....	133
El niño enamorado.....	169
Tercer poema de Vicente.....	175

Dedicado a Susana Giraldo

Canciones de Alda

Una noche de 1989

La noche del sueño volvió lluviosa para Alda. En su cama húmeda aparecieron migas de pan y pétalos abandonados, huellas tenues del críptico licor que más tarde bebería. Alda se despertó y respiró hondo la luz azul de su habitación. Se acomodó el flequillo detrás de la oreja izquierda, saltó de la cama y se vistió en un instante. El bar Lirio Rosa, que visitaría hoy por última y primera vez, aparecía claro en su recuerdo, también húmedo todavía. Recogió los pétalos y guardó las migas en los bolsillos de su chaqueta, se acomodó la capucha y con un paraguas transparente se adentró en las lisas calles que, a su manera distorsionada, reflejaban los faroles ambarinos.

Mientras caminaba sintió la impaciencia del mismo llamado que ya una vez sintiera, que la llevara al lago una noche idéntica — quizás más seca— y la guiaría el año siguiente al teatro Everest. Se detuvo antes de cruzar la última calle, cerró el paraguas, sacó un espejito y con tres gotas de sangre —la sangre agitada que se asomaba desde niña en su oído derecho, cuando el corazón y su válvula estropeada enloquecían— enrojeció sus labios de diecisiete años. Respiró hondo de nuevo cuando estuvo frente a Lirio Rosa, recogiendo su cabello corto y mojado frente a la puerta cerrada, ya serena.

El bar estaba sosegado y sólo dos parejas se movían bajo la penumbra rosa de lucecitas que iban y venían como una tibia respiración —*Canción a la sirena* llenaba aquel sótano a las doce y cuarenta de la noche de jueves—. Alda recorrió el lugar con su mirada y se sentó junto a la pared frente a la barra, en una mesa redonda y metálica para dos. Le llevaron un margarita azul.

Martín se sentó sin decir nada, con su sonrisa tímida y su propio margarita azul, éste con un borde azucarado que la sangre de

Alda no podía permitirse. Ella sonrió con sus ojos, se acercó impetuosamente a Martín, lo tomó del rostro, enredó sus dedos en su cabello y lo besó despacio y después con angustia, durante tres horas o tres minutos.

—Esta mañana no me levanté a desayunar —suspira Alda.

—¿Por qué? —susurra estático Martín muy cerca de ella.

—El día se me haría muy largo...

—Yo no quise levantar mis cortinas tampoco. Es más, creo que hace poco me desperté —y Martín bebe, alzando su mirada; la besa furtivamente en los labios y la hace soltar un ahogado gemido que sólo él percibió.

—Sabes —confiesa Alda—, ayer me regalaron una tostadora. Siempre se me quemaba el pan cuando lo doraba en el horno, pero ya no.

—A mí me gusta el pan quemado —replica Martín—. Me gusta como huele. Aunque me gustaría conocer tu tostadora.

«¡Cómo te quiero!», pensó Martín. Bailaron una canción, terminaron sus margaritas y se besaron muchas canciones. Un extraño

anhelo, un tímido optimismo invadía todo el lugar. Ya no quedaba nadie más. Ya sólo los dos, frente a frente en su mesita redonda, Martín recostado en la mejilla suave de Alda, sin música, sin luz.

Alda se levantó, mirando hacia la escalera recogió su paraguas y caminó decidida, hasta que sus pasos se desvanecieron en lo alto. Martín estaba absorto, perdido en el fondo de esa copa teñida en el borde de sangre azulada.

Un año después...

Martín y Alda en el teatro vacío ignoraban la película que cada uno, por su cuenta, había visto tres veces. La ignoraban con sus besos y su mirarse hipnotizados. Sentados en el centro de la sala, las sombras enormes en las paredes ahuyentaban el frío que quería deslizarse bajo los asientos. «¡Cómo voy a quererte!» se decía Martín.

Camino, río y riel, al resonar en los viejos parlantes, fijó por única y sorprendida vez durante la función la atención de los dos. Alda mantenía sus manos en el cabello ensor-

tijado de Martín y se detuvo luego en el lóbulo de su oreja, colgando de allí su presentida nostalgia. En la pantalla, por encima de la canción el hombre y la mujer dialogan, fumando cigarrillos sin filtro en un pequeño apartamento sin cortinas.

—Ya no somos inocentes —dice el hombre, con su voz joven y cansada, recostado contra la pared.

—¿Esta es nuestra primera o nuestra última cita? —pregunta la mujer mirando por la ventana.

—¿Qué tanto has deseado amar?

—Hasta el fondo —ella piensa—, hasta ahogarme. Y en el humo de su cigarrillo aparecían cifras y lapsos que Alda y Martín intuyeron reveladores, hasta que se desvanecieron en la ciudad inmensa e invernal que la mujer contemplaba.

Alda se estremeció al sentir las manos de Martín en su vientre. Mientras se proyectaba la escena, los dos recordaron claramente el humo del cigarrillo, la gran ventana, el hombre y la mujer, la ciudad invernal; todo ello presentido horas atrás para despertarse en medio de la noche y disipar juntos las

nieblas del sueño. Cuando Alda se levantó y desapareció tras las puertas del teatro, Martín, confiado, ansioso y melancólico, no sabía que nunca más tocaría su piel; imaginaba sus senos pequeños, pero ya no podría nunca acariciarlos. Y mientras Alda caminaba apresurada, sintiendo arder su vientre, con los dedos de Martín tatuados en su ombligo, reconocía la encantadora oscuridad de esas noches coloreadas de olvido.

Dos años atrás...

«Voy navegando por un río estrecho, en una canoa pequeña. Estoy sola. Al llegar a la orilla subo unas escaleras de piedra y descubro las calles de mi barrio o unas muy parecidas. El cielo está gris, va a llover y me siento triste. Empiezo a buscar, aunque no sé qué busco. Camino mucho, subo a una tienda de cerveza helada en donde conversa una pareja y en la rocola pongo una canción de Cocteau Twins que me cuenta los oscuros meses de abril y mayo. Mientras suena mi canción, atravieso la tienda de cerveza y salgo al este,

por la puerta trasera. No llueve, pero va a amanecer y aparece un lago pequeño, una iguana trepada de una rama y una piscina llena de plumas negras. Entonces siento unas manos en mi cintura, giro el rostro y me despierto llorando», ha escrito Alda en su diario, minutos antes de salir de la casa de campo en donde pasa algunos días felices.

Con una linterna en la mano, espantando los mosquitos, Alda camina intranquila con su blusita blanca y sus sandalias ligeras. Pero mientras se adentra en la noche, su corazón se apacigua y recuerda lejos la canción del oeste; Alda respira hondo y su oído sangra una lágrima que no se borra aún de la yerba. Cuando se abre frente a ella el lago y ve cómo cuelga la cola de la iguana de aquel árbol, espera las manos de dieciséis años de Martín, quien ha llegado en la tarde con sus padres para vacacionar y presagiar los únicos pocos besos de su juventud que habrá de atesorar, un margarita azul y una película ya vista; para llorar ansioso y asustado en medio de una nube de pájaros negros, mientras Alda se aleja apresurada del lago.

Gallardía

Allá va Alda... Acaba de llegar del colegio. ¿Cómo podrá odiarme? Recuerdo hace muy poco, cuando estaba parado frente a su puerta, a las tres de la tarde, con el uniforme del colegio pegajoso por el calor, con mi camisa blanca orgullosamente por fuera del pantalón, golpeando inútilmente, desesperado por verla, por saber si había abierto mi regalo.

Había calculado muy bien cuándo debía tirarle el sobre amarillo, debía parecer que le estuviera cayendo del cielo. Estaba soleado, así el sobre no sufriría si tocaba el concreto o la yerba. La esperé tras un muro, trepado allí como un gato. Yo sabía exactamente a qué hora ella llegaba del colegio, se bajaba del bus y caminaba hacia su casa grande y única de la calle, ella sola con su papá, lo demás puro potrero de pasto largo. Caminaba con su

mirada dormida, seguramente dormida en el bus y todavía con esa pesadez borrachosa de las tardes de los viernes. La esperé muy poco. Cuando pasó dejé caer el sobre amarillo, lleno de tesoros, ante sus pies. Me descolgué del muro y la observé por entre los ladrillos. No se atrevió a recoger el sobre, apenas lo miró con desconfianza, lo movió con su zapato de suela blanca y quizás pensó que era un sobre-bomba, pero no podía explotar, no todavía, no cuando el sobre tenía su nombre muy claro y grande en el otro lado, pero no calculé bien la caída y sólo se veía un sobre gordo y amenazador. Entonces ella se alejó desconfiada, tuve que colgarme del muro de nuevo, recoger el sobre y dejarlo el viernes siguiente en la entrada de su casa cuando estaba llegando, esconderme tras su camioneta y ver cómo ahora sí lo observaba de frente, con el nombre doblemente grande y rojo y una fecha: 2046.

«Tuve que exiliarme, Alda, porque no aguanto este amor por ti». Así empezaba mi carta desde el futuro. «Tuve que exiliarme porque ya no hay nada más para mí en tu mundo. Sé que no estás familiarizada con los

viajes por el tiempo, pero he de decirte que me encuentro en una nave espacial, tan lejos de la Tierra que se te irían tres vidas para alcanzarme, para vernos de nuevo. Mira, esta foto de la Vía Láctea la tomé desde aquí», y allí debajo una fotocopia a color de la enciclopedia de astronomía de mi casa, me costó lo mismo que me costó el casete en el que le grabé algunas canciones, *Niña, ya casi vas a ser una mujer* era la que más me gustaba y me ponía a sudar pensando que a ella también le gustaría, que mientras ella la escuchaba se imaginaba el momento en que yo la escuchaba imaginándomela a ella imaginándome... Eran recuerdos de mi existencia terrestre, junto con unas historietas de Calvin y Hobbes y un pedazo de radio viejo que le dije era un dispositivo con el que podría comunicarse conmigo si en la madrugada, a las tres exactas, ponía la canción, descifraba el acertijo, decía Calvin y Hobbes tres veces y gritaba «¡Vicente!» sacando la cabeza por la ventana. Todavía me despierto a las 2:50 esperando su llamado pero nada, creo que no habrá podido descifrar el acertijo, todo lo que le escribí, el poema, mi confesión amorosa,

todo escrito en clave y dentro de la chocolatina el código secreto, no hay otra forma de descifrar los caracteres. Ojalá que no haya botado la mona de la chocolatina o si no estoy perdido, estamos perdidos porque el viernes, yo parado frente a su puerta no me atreví a preguntarle si le había gustado el regalo.

Ella estaba asustada, parecía asustada y seria. Me miraba como si fuera un loco. ¿Quién hace esos regalos? Le dije, «oye, ya son tres meses yo viniendo aquí», agaché la cabeza, me tembló la voz, me temblaron las piernas, me tembló la camisa blanca fuera del pantalón cuando le dije que si me daba un beso, entonces no olvido esa mirada de congelador, una mirada lejana e inolvidable de tanto dolor que me causó, me rompió en trizas todo, la camisa y los zapatos también de suela blanca como los suyos que entonces se tornaron tristísimos mientras yo los miraba y ella no decía nada, sólo subía las escaleras, yo la veía irse desde allí, desde la puerta porque nunca me dejaba entrar, luego la vi bajar con el sobre en la mano, mirarme ahora como si yo fuera una ventana y romperme las manos al devolverme el sobre, gordo, cargado de

desprecio y de un portazo fenomenal que me hizo sangrar los oídos.

Cuando el viernes siguiente la vi bajarse del bus, Gallardo y yo la esperamos colgados del mismo muro de donde le caía del cielo mi amor tres semanas atrás. Esta vez le cayeron todos los madrazos que Gallardo había cultivado en el barrio y mis variaciones de los mismos; ella, ¡la muy piroba!, nos sacó la lengua; luego nos devolvió sus propias versiones de nuestro repertorio y hasta Gallardo se sintió reducido en su dignidad. Era un avance.

Lo siguiente fueron los vidrios, una alternativa clásica pero efectiva. Medianoche, carabina de balines y la complicidad del celador comprada con cigarrillos y Coca-Cola. No pudimos quedarnos a contemplar el espectáculo familiar, aunque al día siguiente aparecieron en la casa de Gallardo y se vio enredado largo rato tratando de explicarle a su papá cómo había sacado la carabina de su gabinete.

La muerte del gato fue un movimiento riesgoso. Yo mismo no me sentía capaz de cortarle el pescuezo, sacarle los ojos y meterlo en una cajita rosada. El gato ni siquiera era de

ella, pero siempre le dejaba una ventana abierta, él se regodeaba por el enorme antejardín, luego se metía despacito, sigiloso y se tomaba la leche que le ponía en un platico con dibujos de payasos. De alguna manera sentía envidia de esa entrada en la casa que él tenía permitida así, tan confiada, tan desinteresada. Gallardo, después de las rigurosas semanas de castigo, se armó de «michu-michus», navaja y leche. Yo no quise ver cómo procedía y aún me atormentan los últimos maullidos del animal, convertidos en borbotones desesperados y una expresión gélida en los ojos de Gallardo. Algunas noches me despierto y creo que es ella quien me llama, pero son las pesadillas que toman forma y ese gato me lame las orejas y las deja babosas, llenas de desamor violeta y culpa ocre. Huele a bilis y lo veo caminar por el techo.

Ahora empiezo a sentir que ella me mira como si yo fuera un muro, lee algo en mí cuando me encuentra fumando escondido detrás de la camioneta de su señor padre, sabe que yo he sido, no dice nada pero sus ojos ya hablan y están teñidos de algo que no

comprendo pero me excita hondo, me acusa y me sobrecoge.

La turbina de un avión se cayó en una casa del barrio, nadie sabe cómo apareció allí, ni de dónde vino, pero creo que ella sospecha seriamente que fui yo quien lo ocasionó y erré mi tiro. El muchacho de la casa de la turbina estaba con ella esa noche. Se estaban besuqueando en la sala de la casa de ella, yo los miraba y Gallardo a mi lado se metía la mano en el pantalón, nos encantaba escuchar el sonido húmedo y el roce del pantalón de él con las piernas desnudas de ella, las manos de él que le subían la falda y ella deteniéndolo. Me veía yo allí, trepándole mis manos y ella parándome, cómo quería que me parara, que no me dejara subir más y me aventara de nuevo todas las groserías de ese viernes, me cacheteara y su papá me sacara a patadas de su casa.

Lloraba por las noches. Lloraba en el baño del colegio. Lloraba en clase y el profesor de geometría me preguntaba, entonces Gallardo le decía que yo era un marica enamorado, el profesor se ofendía terriblemente y lo sacaba del salón, y a mí me decía

que uno cuando es joven le da mucha importancia a esas cosas, que me concentrara en la clase y así despejaba la mente. «El triáldulo rectáldulo lo compaldamos con al de la fáldu-la, y resalda la premisa al da ristóteles».

El látigo de la indiferencia azota parejo y sus garras me lastimaban en las noches como el gato y las esquiras de cristales rotos o las madejas de palabras sucias. Ella sabía volver a mirarme como si fuera una ventana aunque tuviera garrapateado en toda mi cara grafitis azules y dibujos macabros con sus dientes, faldas que enseñaban las piernas desnudas, sobres gordos amarillos en el bote de la basura, ojos felinos inyectados de sangre. Ella sabía mirar mi transparencia y sólo ahora sé que lo consigue con un entrenamiento riguroso frente al espejo cada día, en las mañanas, cargado siempre de la luz marina de su habitación, aguzando sus pupilas, con una arrogancia indolente que me atraviesa entero. «Sé ver la luz azul al revés».

Las enredaderas, el moho y las ortigas que furiosas empezaron a crecer en su casa, quiero creer que fueron también obra nuestra. Imagino que fue Gallardo, aplicando sus

experimentos de botánica. Gallardo y yo nos reíamos todos los días viendo a su padre exasperado arrancando, sesgando, maldiciendo, hasta que se oyeron chismes de que él había desaparecido. Eso sí puedo jurarlo, en su desaparición no estuve involucrado. Quiero creer que tampoco lo estuvo Gallardo.

La mansión de Alda se convirtió en una casa encantada sofocada por el bosque. Así se ha mantenido desde aquellos días felices. Así permanecerá hasta que yo, dentro de veinte años la rescate en mi caballo blanco estelar. No sé cómo me va a mirar ella la próxima vez, o si me va a mirar o si nos volveremos a mirar, pero a mí esa sardina ya me da igual.

La sangre en mi habitación, escuchando el casete rescatado de la selva de basura del barrio. La sangre de mis brazos, cortecitos de cuchilla en los hombros y el pecho, no tan profundos, la idea no es causar grandes hemorragias sino disfrutar la entrada del metal. Lo aprendí viendo televisión, un especial sobre una gente que se reúne a practicar este arte. Ella pone sus manos sobre mi pecho desnudo, se acomoda la cuchilla en la boca y me corta despacio mientras Gallardo hace lo

propio a mi lado, viendo la televisión o jugando Supernintendo. Ella o el gato. Ahora puedo volver a mis películas, a mis rompecabezas y al Supernintendo también y ganarle a Gallardo. Siempre he sido mejor que él y ella no sabe jugar, total que no sale de su casa como si fuera una prisionera o enredaderas y ortigas la tuvieran cautiva.

No supo su nombre

No supo su nombre. Antes del aeropuerto, su única certeza fue que ella estuvo también en la fiesta de Liz, porque vio la fotografía —y la guardó en secreto y para siempre en el bolsillo—.

En la fotografía se ven muchas personas bailando bajo luces azules y anaranjadas y en el fondo, mirando al infinito, con una pareja cuyo rostro está oculto, está la muchacha. Lleva el pelo hasta los hombros y debe tener unos veinte años.

Él le pregunta a Liz: «Ese que baila con ella se parece a un tipo de mi clase de cine italiano. Se llama Vicente. Lo digo por el pelo... pero vino tanta gente...».

El semestre había terminado. Interrogó a un par de estudiantes de la clase de cine italiano y consiguió la lista de alumnos y de

películas: en busca de indicios vio «L'Avventura», pero no dio resultados. No había Vicentes en la clase.

Se dedicó a esperar en la entrada de la universidad. Tenía una pista: el reloj de ella, que parecía de juguete. Se abstrajo en los relojes y es posible que la muchacha hubiera pasado frente a él y no lo hubiera notado — pasó con la muñeca desnuda—.

Durante dos años miró la foto pensando «es la mujer de mis sueños». La buscaba en las calles, en los almacenes, en los bares. Preparó lo que diría si llegase a encontrarla: «No me conoces pero yo a ti sí. Te amo.» No le llegó a decir eso a las dos novias que tuvo en esos dos años, pero a la muchacha sí se lo diría.

Llegó el día de dejar el país por un par de años. Cosas de universitarios. Al despedirse de su familia, conmovido por el abrazo de su madre y de su padre, le impactó pensar que tenía a la muchacha en la mente: serían dos años sin tener el chance de encontrarla. Y mientras la nostalgia de este pensamiento le debilitaba las rodillas, allá la vio, en la sala de espera, sola, sentada sola fumando un cigarri-

llo con sus audífonos puestos, entornando los ojos hacia el cielo de los aviones.

Se sentó a su lado y guardó silencio por unos minutos:

Él: ¿Tiene un cigarrillo?

Ella:

Él: ¡Disculpe! ¿Tiene un cigarrillo?

Ella: Ah, sí... No escuché... No son los audífonos, es mi oído...

Él: Yo... una foto... el amor de...

Ella: ¿Qué?

Él:

Ella: Cámbiese de lado

Él: Sí.

Ella: ¿Por qué no tutea?

Él: No sé.

Ella: Si nos tuteamos ahora, nos sentiremos raros.

Él: Sí.

Ella: Así que mejor quedémonos así. Me imagino que ya será así para toda la vida.

Él: Fijo.

Ella: Sí.

Él: ¿Por qué está tan contenta?

Ella: Esta canción, la que escuchaba cuando usted llegó. ¿Quiere oírla?

Él: Bueno.

fff

Ella: ¿Le gustó?

Él: Me gusta. Mucho. Usted, eh, yo...

Ella: Me voy a vivir con mi novio. ¿Tiene novia?

Él: No.

Ella: Usted me resulta familiar... Como si nos conociéramos de siempre. Por eso le puedo hablar así, tan tranquila... La verdad soy muy callada.

Él: ¿En serio?

Ella: Sí. La gente... las personas son terribles.

Él: Yo no.

Ella: No, usted no.

Él: Yo la conozco...

Ella: Llamaron para mi avión, ¿330, no?

Él: No sé, pero, espere...

Ella: ¡Tome el cigarrillo!

Él: ¡Yo la amo!

Ella: ¡¿Cómo?!

Él: ¿...cómo la... la llamo?

Ella: Llámeme Al... al... Violeta. Violeta, para que se acuerde de la canción.

fff

Mientras la veía alejarse, pálido y mordiéndose la lengua, atado de manos, tuvo una idea siniestra. Pero se quedó allí, exhalando muy despacio hasta la última gota de aire. Esperando su avión.

Y nunca supo su nombre.

Primer poema de Vicente

«Noches como una sola estrella».

Luis Cernuda

Dices 'estoy sola y quiero tu mano'
tomando mi mano solamente cuando
duermes.

Respondo congelando la luna en tu oído,
detenida en mi pecho
muchacha tibia ilusión.

Nuestra la ventana abre a la ciudad de
cualquier lugar:
todas las noches entran por esa ventana
de escarcha.

Mi sangre andará el mismo cristal, el
mismo aliento,

mi sangre tenaz:
amparar tu calma, asumirte en piel
cargando eterna ese abrazo de noche de
soñar.

Mi sangre que arrastra horas heladas
—con su arrojo de hombre que sostiene y
pasa—
y es siempre nueva y antigua y sola.

En tal gran noche andaré descalzo
mientras sueñas 'licor y cuerpo'.
Tu solo respiro
goteará ya siempre leve:
queriendo un tiempo que pare y yo sea él
sin saberlo,
tú seas yo sin saber nunca nada,
detenida en mi tiempo
muchacha triste ilusión.

Al fondo púrpura

Alda salió del cine acomodándose la bufanda, guardó sus manos en los bolsillos caminando hacia el quiosco en donde encontró su paquete de cigarrillos, una revista para distraerse, para la soledad de la noche en su apartamento, las frías noches de invierno, el sol un recuerdo ya, seis meses ya... Llegó para vivir con Marcelo y hoy la soledad se acrecentaba en un apartamento que cada vez lucía más grande, más blanco, apartamento en blanco y negro como el de la película que acababa de ver, *Nadja*. Alda y Nadja se sienten parecidas: el padre un corazón sangrante, la madre un recuerdo borroso, presencias que las acechan, tibios murmullos en noches como esta, en la que ahora nos adentramos mientras Alda se apresura para esperar la llamada de Marcelo, quien seguramente estaría viendo el sol cuando tomara el teléfono y

se decidiera a marcar. Cómo es irónica la vida, él que la esperó por más de un año, ahora que la tiene entre sus paredes sólo para él, en cuerpo y alma, debe volver a su ciudad para atender sus negocios, cosas que sólo él entiende y a Alda no le interesan, mucho menos a mí que sólo soy una voz que siente.

Entra al edificio y recoge el correo. Carta de Vicente: no la abre. La toma suave entre sus manos, la pone en su cartera, está quieta, se soba la nuca y sonríe. Un tipo que baja las escaleras la mira y ella devuelve la sonrisa. Pero no es para él. Es para Vicente. Para ti, Vicente, en donde quiera que estés. Alda sonríe con ternura, Alda abraza la carta y se complace, créele Vicente, pues ella de alguna forma te quiere, igual que cuando eran niños, cuando él le dejaba regalos en su puerta y llegaba con la camisa del colegio por fuera, los zapatos desamarrados y el pantalón ya sólo rodillas verdes. Así recuerda siempre a Vicente, así lo ve en las mañanas cuando muy temprano escucha todavía, él gritando ¡Alda! desde la ventana de su habitación, aún vivía con sus padres, él hasta los veinte con sus

viejos pero ella lo sacó de allí, lo llevó a andar el continente y a su casa ya nunca más volvió.

Alda saca las llaves de su cartera, es fácil encontrarlas: están atadas a una larga cinta azul. Abre la puerta haciendo mucho ruido al entrar, el apartamento huele a pollo y a papas, a perfume y a tequila. Hay dibujos regados en una mesa, un par de zapatos anaranjados, viejos, gastados y tan cómodos, así decía Alda alguna vez cuando caminaba por aquella otra ciudad, cuando decidía sacar los zapatos por una vez de la maleta, los sacaste y les dijiste: «así, aprovechen para mirar y olfatear y darse gusto en estas calles, que sólo tienen este día. Cuiden bien de este día», así les decías siempre que estabas en una ciudad, en un pueblo y siempre una sola vez los sacabas para que miraran, los zapatos viajeros que ahora estaban junto a la cama, esos que tocaban tierra únicamente nueva. Así lo prometió, lo anunció cuando viajó por primera vez y destinó un sitio para ellos, mimados, anidados en la maleta que Vicente le regaló, esa que ha visto demasiados soles y lluvias, rostros y rasgaduras. Se parece a ti esa maleta llena de recuerdos y cosas muy útiles y

prácticas. Se parece a mí también, pues me llevas en tu espalda, como a Martín y Ailén, a Vicente y Marcelo, amantes atemporales... Alda, ¿quién te pesa más?

El computador encendido siempre. Alda navega todo el tiempo y dibuja casas, brujas y montañas en las tardes. Puede alojarse en cualquier parte, no es rica ni gasta mucho y se permite una vida que le gusta, está contenta con su vida Alda. Se quita los zapatos, los pone junto a los otros, abre la ventana y escucha la ciudad. Enciende una luz acuosa que se esparce por todo el apartamento, no tiene divisiones, hoy no hay paredes, sólo un ligero velo que Alda dispuso para recostarse a tararear sus canciones cuando el monitor le cansa, los reflejos la hostigan, un velo oscuro que la separa de lo demás y allí unos cojines, un tapete abullonado, «La noche estrellada» de Van Gogh, un silencio para ella sola. Allí se recuesta junto a la lámpara de la pared, colgada de un débil gancho adhesivo y abre la carta. Antes recuerda un poco a Vicente y luego comienza a leer: «Miércoles, 14 de septiembre...».

Alda se ríe con la carta y se queda pensando en el beso, la última noche que pasaron ella y Vicente en aquella otra ciudad. Él se quedó con ella como siempre y esta noche quiso dormir con él, algunas noches dormía con él, cuando se le trepaban los duendes de la ternura o la brisa helada entraba por la ventana o quería sentir a un hombre cerca, muy cerca, unas manos y unas piernas de hombre; desde que Marcelo se marchó eran objetos raros, difusos, recuerdos dislocados. El beso ocurrió impetuoso. Desde los catorce años nunca Vicente, sólo una petición que nunca se cumplió —cosas de niños, decía ella siempre—, pero esta noche el beso fue de besar, no de preguntar, fue un verdadero beso, es un auténtico beso ahora que Alda tiene su pijama de cuadritos puesta, la chaqueta oscura impermeable encima, la blusita de licra plateada, duerme como si tuviera que salir a alguna parte en medio de la noche, a comprar medicinas, a pasear el perro que no tiene, a cazar vampiros con Ailén en motocicleta, está preparada, sólo le faltan las sandalias resistentes pero en cambio se deja las medias que Vicente está tocando con sus

pies desnudos, él con su pantalón y una camiseta que ella le presta, totalmente adherido a Alda, a su espalda, le habla suave, ella le pide un cuento, le pide que la abrace fuerte, le dice que así le gusta que la abracen, que le gusta la fuerza, las manos grandes de hombre y él se siente orgulloso de su manos fuertes y sus brazos que envuelven el abdomen y el torso tenso de ella. Ahora estira las piernas un poco y enreda sus piernas con las de él, suda el cuello por la cercanía de él, gira un poco la cabeza para decirle que ya está muy caliente la cama y Vicente le está diciendo al oído izquierdo «te voy a extrañar» cuando los labios se encuentran, Vicente tiembla pero no se aleja ni ella se aleja, los dos tiemblan y a él se le ha puesto tenso el abdomen y también tiene una erección que le avergüenza, ella lo siente contra su cuerpo, le gusta sentirlo pero se asusta, esconde su lengua, sangra su oído, respira hondo, siente los dientes de él, Vicente toma la cabeza con fuerza y los dientes chocan mientras Alda se ahoga con él y con su aliento lejano a café, enjuague bucal y tequila, las manos de Vicente se emocionan, sudan y buscan el sexo de Alda cuando ella salta de la

cama y dice que debe cepillarse los dientes, se queda un rato largo en el baño y regresa cuando Vicente ha sacado la camita auxiliar, «está muy caliente la cama» y se quita la camisa para quedarse dormido, boca abajo, sintiendo que ella está allí, él durmiendo entre su cuerpo.

Los recuerdos han venido a Alda tras leer la carta y no puede evitar sentir ella misma un poco de calor. La calefacción está encendida y no hay nadie más, se siente cómoda y sus manos y sus dedos bajan despacio pensando en Marcelo, también un poco en Vicente y en Mastroianni, en Daniel Day-Lewis... Ha creado un hombre a retazos y ella se apodera de él en una fantasía húmeda a blanco y negro en donde siempre se proyecta, hasta que suena el teléfono; «hola mi amor», «hola».

«Hola mi amor»: palabras, palabras (estoy celoso, asqueado. ¿Qué sentirán Martín, Ailén, los otros amantes más sólidos que yo...?). Nada más que la ilusión de algo en nuestras manos, sexo y caricias, ya creemos que el amor es nuestro. No es Alda el amor, es el dolor, el anhelo, el vértigo. Marcelo no piensa así, él no piensa en el valor de las pala-

bras, aunque no es por eso un hombre simple. Por el contrario, es brutal y peligroso. Yo mismo no lo aprecio en absoluto, aunque esto se debe, probablemente, al fuerte efecto que Alda causa en mí: es mi esperanza, sólo existo para contarla y Marcelo la vulnera, la trasgrede. Cuando Marcelo y Alda hacen el amor, cierro los ojos, pienso en un río helado, imagino cerdos rosados en el cielo, recuerdo diálogos de películas, me muerdo la lengua y escupo luego, maldiciendo a Marcelo por hacer suya a Alda, por creer que es suya y entrar en su cuerpo, y maldigo a Alda por sentirse suya también, aunque reniegue y se burle, o lo hiciera en el pasado, cuando era más valiente y él no había aplicado su venenoso influjo en ella. Sin embargo, seré justo e imparcial: Marcelo cuida de Alda con locura.

«Me haces mucha falta...», Alda «tú también», agitada, para que Marcelo active al instante su mecanismo al otro lado del teléfono, se forma un vacío que nace del estómago, las piernas se mueven de arriba abajo, el vientre se incomoda, la pelvis, las manos sudan y la voz busca contener la pregunta «¿estás con alguien?» que ya suena con un

tono sombrío, Alda ya lo reconoce y por algún motivo extraño se siente culpable de antemano al verse acusada, empieza a organizar la explicación antes de que Marcelo la requiera, desea que él sepa que no hay nadie con ella, la carta nada más y el afiche de Daniel Day-Lewis, nada más. La culpa crece ante el silencio de él, impregnado del eco de su garganta adolorida a través del auricular, son diez segundos que se alargan y van a estallar, «Alda, ¿estás con alguien?» pregunta ahora muy serio mientras la imagina ya completamente desnuda tapándole la boca a su amante, desnudo él también, arrodillado y muerto de la risa, «no soy ningún payaso para que se venga a reír de mí» es lo que piensa Marcelo y casi lo da a entender con un «¿mmm?» seco ante el cual Alda opta por reírse, en busca de aligerar la tensión. Se equivoca. Ahora Marcelo está convencido de que un hombre la acompaña, no sólo está con ella, es su amante, interrumpió el acto, rompió la cama en pedazos cuando el teléfono sonó, ella está sudorosa, hay ropa tirada por todas partes, brasieres negros, tangas púrpuras, también las medias, los pantalones del tipo, unos

bóxers negros tirados por allí con furia mientras Alda se revuelca en la cama y goza como nunca ha gozado con él. A su amante sí le dice cosas en el oído, se permite ser baja, perversa, no como con él, con quien siempre mantiene una cortesía inapelable, una pasión atemperada de decencia, sin las piernas bien abiertas, él que ha visto un millón de obscenidades en su vida, acompañado todo el año por un millón de filmes porno junto con las tres, cuatro, cinco prostitutas que frecuentaron el apartamento para sosegar su deseo mientras Alda se decidía a huir y estar con él. Le cuelga el teléfono y ella se queda con la risa a medias.

Está cansada de momentos como estos, pero se dice «ya le pasará, no sé porqué no confía más en mí». Él quiere confiar en ella, hace todo lo posible pero está enfermo, no se puede alejar un segundo sin imaginarla coqueteando con el hombre del quiosco, el muchacho de la panadería, el señor del restaurante. Intenta confiar en ella, aunque no tenga motivos para no hacerlo, nunca le ha sido infiel, no que él sepa o ella confiese. Debería creerle, pero cuando la escucha tan

contenta por teléfono con alguien, «hola Pablo», «besos, Gabriel», sabe que con ellos se ha besado. No lo cree, lo sabe, pues una mujer no puede ser tan cándida con un hombre, tiene que haber pasado por sus brazos y su cama para reírse así.

Pasa un minuto y la vuelve a llamar, han hablado tantas veces de lo mismo que él actúa como si nada hubiera pasado, pero en el fondo espera la voz del hombre y eso le impide escuchar lo que ella le cuenta. «Toda la mañana lo pasé aquí, dale que dale con el computador y arreglando la tostadora. Almorcé algo muy rico, tienes que probarlo, unas arepitas muy picantes, como a ti te gustan, cuando vuelvas te llevo. Y toda la tarde lo pasé en el cine, había buenas películas», «qué bien», «sí...», «bueno, no te molesto más, no me siento muy bien, creo que tengo fiebre», «ok... ¿llegas el próximo sábado?», «mmmm....sí, cinco días y me tendrás contigo; te amo». Ella dijo «yo también» sin ganas, era su manera de darle algo al hombre, de acallar la culpa que por algún motivo extraño la carcomía.

Una de estas noches sí saldrás, Alda, de verdad, a un bar (Suspiria estará bien), y te acostarás con el primer hombre que veas. Hazlo, no importa cuánto me mortifique narrarlo, atestiguarlo. Hazlo, para que Marcelo se ahogue en celos auténticos. Hazlo hoy, aunque Vicente también se duela pues él lo sentirá allá donde esté, como una ola que desde tu ciudad viajará en el instante mismo en que tus ojos y los del hombre de la noche se encuentren, en el primer momento en que le pongas tu mano en el cuello y le beses bajo la oreja. Hazlo aunque Ailén lo presienta mientras acelera su motocicleta y Martín se detenga frente al Lirio Rosa y sienta un escalofrío. ¡Hazlo ya!

Alda está decidida.

fff

Vueltas, vueltas púrpura en la cabeza de Alda, bajo sus pies, en el baño del bar de paredes azules y luces violeta, la música volando hasta los baños —Crustation— acariciando los muslos de Alda al mismo tiempo que las manos de Davor, ahora comprende

por qué usar falda esa noche, las manos de ella en la espalda de él, un solo calambre el cuerpo todo electrizado compungido alterado desmedido contra la pared del baño su aliento, su respiración cuando él le sube más la falda y le toca con sus dedos, hunde sus dedos, jala las bragas, casi las arranca como ella arrancó el botón del pantalón, luego la cremallera baja, los bóxers bajan, él ayuda, le besa los pezones y comienza a perderse en el fondo de ella cuando un solo impacto, un respiro, lengua dientes uñas orejas a donde llega la saliva de la lengua de él junto con los golpes, uno, orejas ruborizadas, otro, sangra su oído derecho, trepidantes contra la pared del baño añil y su penumbra púrpura, Davor se deshace y Alda siente un torrente, caliente, que le sube hasta el pecho y se vuelve una exhalación hondísima que se siente hasta en el mar, hasta al otro lado del mar, hasta la sangre de Vicente y Marcelo... ¡Marcelo!

Davor vio a Alda desde el primer instante. No estaba lleno *Suspiria*. Una rocola con muchas canciones desprendía amarillos y naranjas por todo el techo, sobre el rostro de Davor quien estaba en la barra solo, cansado,

hechizado al ver entrar a Alda con su falda de cuero negra y la chaqueta deportiva con capucha. Davor apuró su whisky, su garganta se calentó demasiado y suspiró. Volvió a mirar al barman, le hizo una señal y otro whisky apareció al frente suyo, se lo tomó en un sorbo largo, para el valor, volteó la cabeza y allí estaba Alda sentada con un cigarrillo encendido pidiendo una cerveza: seguía la música con el pie y movía la cintura imperceptiblemente.

¿Por qué justamente Davor aquella noche? Él y no otro, algún necio sin gracia para Alda. Esthero, *Enviado del cielo* programó irreprochablemente Davor en la rocola. Tres minutos después Alda se acercó a preguntarle qué estaba sonando, se quedaron hablando y riendo por horas, se embriagaron juntos, hicieron el amor en el baño del bar.

Quisiera que algo cambiara. Desearía que la noche se hubiera comportado diferente, no resisto muy bien a Alda en un baño de bar con un hombre. Hay cosas que no se pueden cambiar y esa noche ocurrió, esta herida en nosotros marcada con traición, sexo, fuego y música. Se le puede recordar, con todas las

luces, los sonidos, el sudor, los olores. Pero nada de eso se puede ya tocar; no lo puedo tocar yo, ni Alda, ni Davor, ni hubiéramos querido que lo presenciara Marcelo tal como ocurrió —esa noche fue un estallido en su pecho, la succión de toda su sangre y un hombre extraño aprisionándolo—. Comparto el dolor de Marcelo, dolor de hombre. Hubiese querido que Vicente apareciera temprano en aquel bar y rescatara a Alda, la cargara en sus brazos y la dejara dormida, divinamente ebria en su cama. Él debería desaparecer entonces, adentrarse solo al final de la noche —¿es mucho pedir?—. O quizás que Ailén, en lugar de salvarla milagrosamente, volara Suspiria en mil pedazos —¿demasiado?—. Como sea, Davor y Alda hicieron lo suyo. ¿Cómo terminó luego él en la cama de ella? Es algo que se me escapa. Algunas veces cree uno que conoce bien a las personas, a los hombres, a las historias que cuenta, a las mujeres que ama, pero uno no conoce, escasamente vislumbra de acuerdo al trato recibido, el comportamiento como una reacción ante las palabras, los gestos, el olor de uno. ¿Cómo podría ocurrir...?

Estás mirando a Davor, su pelo corto bien afeitado, una pequeña chivera, los ojos índigos, las cejas pobladas, las manos marcadas, los dedos afilados. Se viste como a ti te gusta. Huele a bosque, a Rusia, no sabes decir de dónde; a un bosque lírico de pinos verdes que se extiende hasta donde el ojo alcanza; a tierra, como tu padre. Es croata, Davor. (¿Dónde es Croacia? ¿Antigua Unión Soviética? No). Te gusta especialmente su voz, algo en su tono de voz, en su acento, te hace saber que le obedecerás dócilmente a lo que te pida. Él siente justamente lo mismo contigo, Alda, él también será obediente para ti, lo sabe por la forma de tus rodillas, las encuentra tan tiernas y fuertes. Él sabe que eres más fuerte pero finge que es duro para poder acercarse más y verte reaccionar. Ambos perciben la orden y se acercan.

Así reacciona Alda frente a Davor, cómo podría uno imaginarlo. La confianza de Marcelo se deshacía acuosa al evocar los amantes imaginarios de Alda. En el fondo de su ser, Marcelo sabía que somos así: como instrumentos que suenan o no, caprichosos por quién les toque; la mayoría de las veces

lejos algún sonido, pero una de cada tres o treinta veces se produce un escándalo o una canción y todo el cuerpo y la luz y el alma se derraman angustiosamente, como le ocurre a Alda esta noche. (Es triste, nunca conoceré las canciones de Alda ante mi tacto imposible). Hasta la confianza mejor erigida se derrumba cuando la persona justa nos roza la piel y resquebraja nuestra voluntad de acero. Quisiera pensar que no es así, recuperar un poco la cordura después de ver cómo Alda se va con Davor esta noche y olvida el pasado y el futuro. Yo, que sólo soy murmullos y símbolos negros sobre este fondo blanco, que estoy destruyendo en la marcha hasta el último resquicio de mi amor nacido páginas atrás, confieso que conocer a Alda es una inquietante serie de sueños y esperanzas que mantengo para seguir respirando, aunque el olor a papel quemado se vuelva insoportable.

fff

Davor siente frío en sus manos, es instantáneo, cuando ella dice «vivo con mi novio». Parece ser un buen tipo. Davor ha pasado un

año fuera de casa. Allá dejó una novia muy querida, estudiante de medicina, ojos verdes y pelo castaño corto. Davor ha sido totalmente fiel y casto, es un hombre apuesto, se le han quedado viendo sensuales mujeres recientemente, en los bares, en las calles. Él, sin embargo, ama a su novia, Ana se llama ella, tristemente se llama así. Me conmuevo por Davor, pues Ana se ha enamorado de otro hombre, no pudo soportar la soledad, no tuvo la fuerza para decírselo dos meses atrás cuando supo que verdaderamente tenía sus pies muy dentro de un lodazal de pasión por Matko, un buen colega, un hombre considerado que desde el primer beso supo que quería estar con Ana y le pidió que aclarara su situación.

Cuando Davor regrese a Croacia se va a encontrar una terrible sorpresa. Su orgullo y su conciencia estarán heridos, aunque su corazón permanecerá con Alda y con los sucesos de aquella noche para siempre. Sin embargo se permite ser autocompasivo, monta un pequeño teatro cuando Ana se lo cuenta todo con ojos llenos de lágrimas, guarda silencio, busca en el fondo de los ojos de

ella con desconsuelo y se tranquiliza por saber que se ha librado de la pesada tarea de contarle que le ha sido infiel y más, todo lo que eso acarreó, que su corazón ha cambiado y que sencillamente no soporta la idea de volver a estar con ella tras haber descubierto tonos ocultos de su pasión y su destino. Davor no concede, él no es partidario de los términos medios en su vida, pondera muy bien las cosas, piensa con cuidado, recuerda, construye y reconstruye y luego decide. Por ello no será honesto con Ana. Al escuchar la confesión de ella, entiende que sería una excelente respuesta decirle que él también tuvo una amante, algo más significativo y definitivo para él que todas las mujeres que haya conocido en su vida. Sería una gran respuesta pero es orgulloso y no le va a conceder un alivio, así que sale de la casa de ella, cierra la puerta sin decir palabra y no la vuelve a ver.

fff

En unos minutos Alda y Davor se van a besar. Ya van a estar con la sangre hecha un caudal de licor y deseo, ella se le queda

mirando mientras escuchan Massive Attack, ella desea que algo pase pero no se atreve a acercarse más, a besarlo, como sí lo hace él temblorosamente, cuando ya tiene las manos en su cintura y ella la mueve rítmicamente, algo que él encuentra tan sutil y sensual que ya siente, de inmediato, por esta mujer, una emoción honda que va más allá del deseo y de la noche. (¿En dónde, en su memoria, ha quedado Ana?) En su cintura en movimiento Davor descubre que Alda sufre, que su padre desapareció años atrás, su madre es un recuerdo borroso, sólo tiene un buen amigo, Vicente, y Marcelo la asfixia terriblemente pero no puede dejarlo pues le suministra su dosis de dependencia, cama y compañía aunque no lo ame. En los dedos pequeños y coquetos de ella está escrito que le gustan la pintura y la fuerza en los hombres; en sus dientes, Violeta Parra, el tequila, las arepas; en su pelo, el deseo.

Supongamos por un momento lo que pasaría si Marcelo entrara a Suspiria en esos instantes: te quedas mirando, reconoces allá a tu novia, a tu mujer, un tipo le ha puesto la mano en la cintura, la otra la ha enredado en

su pelo y se están besando. Están ensimismados, no paran, no miran nada y a ti, Marcelo, se te seca la boca, te duele el estómago y te tiemblan las piernas. Piensas «control», pero no piensas, sólo deseas pensarlo porque ya estás caminando hacia ellos, más rápido, más firme, tomas a Davor por el pelo y de un solo tirón lo mandas al piso, lo sometes, empujas a Alda y le gritas «¡puta!», una y otra vez «¡puta, puta!», tienes los ojos rojos como un vampiro, la empujas, le escupes, pateas a Davor en el piso y arremetes contra un par de mesas al salir de allí. Pero horas después irías en busca de Alda una vez más.

Si Vicente entrara, aunque deseara hacer lo mismo que Marcelo para mostrarse hombre, bestial, sudoroso, no lo hará, porque la contemplación de Alda enredando sus dedos en el pelo de otro, besándolo con todo su cuerpo, desvanecerá su fuerza. Vicente nunca ha visto a Alda con otro hombre, ni siquiera con Marcelo. Siempre solos ella y él. Alda, en sus noviazgos fugaces, llevaba consigo la inquietud de Vicente al verla acompañada, suponía que algo irreversible ocurriría: a Vicente se le irá toda su fuerza, se queda

apoyado contra una pared redonda, no puede respirar, está asfixiado, no hay aire, el pecho se le desgarran y siente en su interior un flujo purpúreo que empieza a brotar y pronto fluye torrencial, se le paralizan las piernas y los brazos, le hace desear llorar, pero él sólo puede intentar respirar con la poca vida que le queda en esos momentos, el pecho vacío se llena de un amasijo de emociones que ni siquiera intenta descifrar y lo único que desea es llorar durante un día entero, para no tener que decir nada, evitar herir a Alda y mostrarle que él, más que nadie en este mundo, está dispuesto a soportarlo todo, sin herir, sin juzgar. Vicente se sacrifica por Alda y decide que va a morir por ella, no puede respirar más y su sangre y todo su cuerpo están deshechos. Entonces Alda alcanza a ver a Vicente y se detiene en seco, aparta suavemente a Davor y con una expresión indefinible entre la culpa, la ternura, la compasión y la vergüenza, toma a Vicente de la mano y salen del bar para que él respire. Se fuman uno, dos, seis cigarrillos en fila, él se apoya contra el muro y le dice que lo disculpe, nunca pensó que le dolería tanto. Ella prefiere no pregun-

tar, está ebria, aunque no hasta el punto en que él ha dejado de importarle y sabe que ahora el aire es lo más apremiante. Vicente sonreirá en medio de su agitación y aunque quiere odiar a Alda, odia la vida misma. No es Alda infiel, es la vida quien lo traiciona.

Lo que yo sentí fue una combinación de lo que Marcelo y Vicente hubieran pasado. Lo siento ahora mismo al describirlo. Estoy devastado y me consumen unas ansias irrefrenables y puramente lascivas cada vez que la imagen de ese beso y ese movimiento me acechan. Es un afán de fondo que me recorre cuando veo cómo Alda siente la lengua y los dientes de Davor. Los odio a los dos, pero no hay nada que pueda hacer. Luego la deseo y la amo más y más, luego me duele hasta la última fibra y luego recuerdo su voz y pienso que quisiera morirme. Y la vida concede, porque dentro de pocos párrafos me extinguiré.

fff

Davor está en la cama de Alda, la luz se torna anaranjada y ellos se entregan en una lujuria desmedida cuyos detalles prefiero

obviar. ¿Cómo terminó en su cama? ¿Por qué le permitió llegar a su cama? Ya lo sabemos, pero ¡¿por qué, Alda?! Prefiero no escuchar más la respiración contenida y las exhalaciones que se proyectan a la noche, vamos alejándonos de ese sonido de sábanas y del ritmo de la piel y las piernas, de los dientes y la humedad porque no lo soporto. Mientras nos alejamos de Alda y Davor atravesamos el apartamento completo y salimos por la puerta que da al corredor violeta y a las escaleras. Abajo, la calle. En el andén, Marcelo, quien no ha estado nunca ausente y para quien no ha sido una suposición lo que Alda ha hecho esta noche; yo he supuesto mal el lugar de origen de su llamada, su día de llegada, su reacción en el bar y ahora se sabe cómo opera. Nos ha engañado pues ha querido probar y ha visto y ha querido llegar hasta el fondo de esta noche de Alda y prefirió permanecer afuera en la ventana de Suspiria, seguirlos hacia los baños y esconderse en el más cercano, maldecir en silencio y morderse los nudillos para calmarse pronto y maquinarse una venganza que atacará como una locomotora desbordada, el andén, el hacha contra

incendios, la escalera, el pasillo oscuro, la puerta rota, el sonido de sábanas, la respiración y la humedad y Alda y Davor implorando, de rodillas, desnudos.

Marcelo se levanta, ¿estás furioso, verdad?, camina hacia el edificio, lleva la botella casi vacía de vodka en la mano, ¿borracho también?, cruza tambaleándose, decidido, tan audaz como la salida de Alda algunas horas atrás o el ímpetu con que Ailén persigue a su presa. Marcelo no necesita ver lo que ocurre allá arriba, él lo sabe, ahora lo sabe con certeza, no necesita imaginarlo o que yo lo imagine por él y está tan decidido que se detiene en medio de la calle, apura el último trago de vodka, se da un golpe en el pecho y dice «no hay vuelta atrás» cuando una motocicleta lo arrolla y lo arrastra hasta el final de la calle, queda bajo la máquina y su conductor malherido que tan pronto se incorpora levanta a Marcelo del cuello de la chaqueta y le muerde su cuello de hombre, chupa con desesperación, no saborea, succiona y deja entrever unos ojos rojos y la piel pálida, de luna llena, los colmillos afilados y el cuello de Marcelo destrozado. Ailén dispara

desde la mitad de la calle con su escopeta y los dos se hacen pedazos, luego corre hacia ellos y los aniquila con una estaca en el corazón y se sorprende de la expresión de Marcelo, descubre que se ha llevado uno de más, luego acomoda a su presa en la motocicleta mientras Alda baja corriendo las escaleras, acomodándose las bragas púrpuras, subiéndose la cremallera de la falda y casi resbalando mientras se ajusta la camiseta blanca, los tenis para no cortarse los pies con los restos de la motocicleta que ha escuchado en el momento mismo de su orgasmo, ni untarse la sangre de Marcelo cuyo trazo ha visto desde la ventana mientras Davor en la cama mojada no entiende lo que ocurre.

Vicente sintió el clímax de aquel apartamento lejano en aquella otra ciudad, un torrente que lo recorrió de arriba abajo, como esas oleadas repentinas de melancolía que aún lo acechan día tras día, aquellos celos resignados e inútiles que le ocasionan una desazón en la pelvis y un agujero en el estómago, algo muy parecido a lo que a mí me ocurre cuando yo la escribo, pero él no necesita invocarla ya que su conexión es tan fuerte y

auténtica que él se entera de todo sin necesidad de teléfonos ni computadoras. ¡Cómo envidio a Vicente! Me encantaría saber cómo sintió Alda todo el océano, azul profundo y turbulento en su cuerpo, en su abdomen, no tener que verla para saber; esas miradas agotan. Vicente supo lo de Alda pero no lo de Marcelo, eso me corresponde a mí, cómo Alda llora y tiembla ante la visión de un cuerpo deshecho, con la vida arrancada de un sablazo, cómo Davor se queda frío y dice «aj, naga-zio si u govna!» con la voz entrecortada de tan lamentable estado el de Marcelo. Aún no han visto a Ailén, quien cerca de allí recupera la compostura y el aire hasta que se levanta y les dice «no lo vamos a dejar así, no puede quedar rastro»; Alda la mira desde el piso y la presencia de Ailén, sus ojos oscuros y su pelo negro recogido y brillante, la intensidad de su porte y su ancho abrigo le impiden hacer preguntas; se miran fijamente y Alda deja de llorar. A mí también me impacta esta mujer salida de la nada, pero si vuelvo atrás comprendo que siempre ha estado aquí, que sin ella Alda no podría seguir adelante cuando yo desaparezca y que es una suerte de deus

ex machina, como los ángeles misteriosos en la vida afuera de las palabras, una presencia salvadora y portadora de magia y tiempo.

No pueden volver al edificio en donde algunos vecinos se despertaron tras el disparo, ni mucho menos al apartamento con su olor a sudor agrio y traición y semen y vida. Alda no sale de su asombro. ¿Qué te preguntas, Alda? ¿Cómo es posible que en el mismo momento en que agonizas un polvo místico afuera se esté muriendo tu novio? ¿Acaso piensas que lo has matado? Ya no quiero decirte que no, quiero decirte que sí, que tú lo has matado y que Davor es un cabrón y Vicente un marica enamorado. Quiero decir eso y mucho más pero en estos momentos no importa, sólo nos interesa que Ailén ha llamado una escuadrilla de motocicletas que aparecieron como fantasmas en la penumbra y se han llevado el cuerpo deshecho de Marcelo hasta un barco en el puerto más escondido de la ciudad, Davor y Alda lo han envuelto en bolsas de tela y ellos dos solos lo han dejado caer en medio del océano, en medio de la noche. Davor y Alda, quienes conocieron el misticismo y la cadencia oculta de un vínculo

que nunca más experimentarán. Alda sobrecogida ante la presencia de Ailén, arrojando un cuerpo al mar, como presagiando el sonido acuático de su propio final. Yo que me hundo también en las aguas oscuras y digo adiós y buenas noches.

El caso del señor Guthrie

En mí, que soy la casa —un pequeño apartamento, en realidad—, vive una mujer. Se llama Ailén. Es detective o cazadora y resuelve problemas... Algo que no comprendo en mi existencia estática.

Hace algún tiempo una mujer embarazada también vivió en mí. Antes de que viniera mis muros eran más fríos, mis puertas chirriaban más y mis ventanas rara vez se abrían. Ailén llegaba, siempre, en la madrugada, fumaba sus cigarrillos frente al televisor mudo, comía maní envejecido y amanecía así, en el sofá, sin cambiarse la ropa, muchas veces sin quitarse las botas.

Mi cama, que es tan grande y blanda, vivía siempre vacía, al comienzo con olor al plástico que alguna vez recubrió el colchón. También olía a algunos hombres, hombres de

madrugada cuyos rostros no recuerdo y que vinieron una única vez, se desnudaron, se agitaron en una danza magnífica que aún no descifro del todo y luego se fueron en silencio sin dejar más que un olor curioso, que se fue sumando al de los anteriores hasta crear, así me parece, un perfume repugnante que Ailén aprendió a detestar.

Cuando la mujer embarazada llegó, un día, de la nada, aún no tenía la gran panza. La panza fue creciendo aquí y en la medida en que crecía yo también ganaba fe y fuerza para seguir firme, siendo casa que dura y protege y se resiste a caer.

Las primeras noches se mantuvo la distancia. La mujer embarazada dormía en la cama y Ailén amanecía en el sofá, pero entonces más contenta me parece, así lo sentí yo en su forma de recorrerme y consentirme en las mañanas con algún canto en voz baja.

Muy pronto, cuando iniciaron esas conversaciones que se prolongaban por semanas, como ocurre en *Las mil y una noches*, Ailén fue quedándose más y más en la cama, hasta que no volvió a dormir nunca más en el sofá.

Dormían tomadas de la mano.

fff

En este momento ella llega de madrugada y tiene el aire cansado y las botas pesadas. Se mete rapidísimo a la cama tras empiyarse —hábito nuevo y recién aprendido— y todo comienza allí: el ritual, el milagro, el alivio de cada noche, el momento que hace valer la jornada para las dos, como cuando llueve y el techo se refresca y la tierra acumulada circula y uno da las gracias al cielo.

Susurra: —Alda...

Susurra (y todo serán susurros en esta historia): —Hola.

—Hola.

—El señor Guthrie.

—Sí.

—¿Es lo que pensabas? —pregunta la mujer embarazada.

—No. Su mujer dice que desapareció hace tres días.

—¿Tres?

—Dejó una nota, pero ella cree que sus secuestradores la escribieron por él. Está convencida de que fue secuestrado.

—¿Qué dice la nota? —y Ailén le soba la barriguita.

—Dice que no aguanta más, que se va a buscar el mar y que vuelve en una semana.

—Pues eso debe ser —y la joven embarazada alza los hombros aunque los tiene bajo las cobijas.

—Sí. Esos casos los veo con frecuencia. ¿Quieres que te cuente una cosa?

—Cuéntame —responde Alda con vocecita emocionada.

—Cuando tenía quince años, no aguanté más la vida en la ciudad. Estaba desesperada de los carros, de las casas, de la gente. Y una noche, después de pasar todo el día leyendo *Moby Dick*, sin decirle nada a nadie, me rapé la cabeza, empaqué un morral con el libro y un par de latas de comida y salí a la calle, decidida a buscar el mar...

—¿En serio?

—En serio. Quería ir y trabajar en un barco ballenero. Llegué al terminal de transportes y me monté en un bus y muchas horas

después, y muchas películas después, de esas que pasan en los buses...

—Sí, muy malucas... ¿Te acuerdas de cuáles eran?

—Mmmm... —se queda pensando Ailén—. Eran siempre la historia de algún ladrón o criminal o ex-soldado que vuelve a su pueblo, decidido a cambiar su pasado, pero es imposible porque allí lo esperan los viejos camaradas y los rencores cultivados en los demás. Al final era siempre una orgía de sangre, en donde tras un par de explosiones todo el pasado se borraba como por arte de magia, y nuestro ex-ladrón vislumbraba, por fin, junto a la infaltable muchacha, una vida bonita y promisoría.

—Es cierto... —se queda pensando Alda—, siempre son esas películas, —y asiente aunque en la penumbra nadie la ve—. Y uno las ve entredormida, abre aquí y allá los ojos y escucha un diálogo traído de los cabellos. Pero son chéveres. Dan ganas de seguir viajando, porque nos enseñan que es mejor huirle al pasado que intentar construir sobre él. Remediar el pasado es muy difícil: hay que ser hombre, grande, violento y estar decidido

a pasar por encima de mucha gente. Es mejor comprar un pasaje de bus y seguir viajando.

—Ves como son brillantes las empresas de buses. Y luego llegué al mar. La primera noche la pasé en una playa solitaria. Hablé con un vendedor de café, que cargaba el café en su espalda, en un tanque, y lo sirve como si estuviera fumigando.

—¡Sí, me encanta ese fumiguo!

—A mí también. Y él me dijo que en ese mar no había ballenas. Ni siquiera barcos balleneros que iban a otros mares. Ni barcos pesqueros. Nada parecido. Lo único que había era la playa, unos cuantos bares y él y otros como él.

—¿Entonces?

—Entonces dormí en una hamaca durante una semana, tomé cerveza noche tras noche y escuché los consejos del mar.

—¿Qué te dijo? —Alda pregunta incrédula.

—Pocas cosas. No es fácil escuchar en medio de tantas olas. Y como me dediqué, noche tras noche, a descifrar sus sonidos más allá del oleaje, ya al volver a la casa no pude dejar de querer escuchar en medio del ruido.

Y ahora investigo. La mujer del señor Guthrie me paga para que investigue. Yo investigo.

—Pero es claro que en tres o cuatro días regresará con un bronceado nuevo. Podríamos ir al cine mañana...

—Sí, es claro.

—¿Entonces?

—Debo investigar, querida... Quizás no para descubrir dónde está. Para descubrir qué fue lo que no aguantó. Qué tiene el mar que lo atrae. Porqué su esposa cree que fue secuestrado. Debo investigar.

—Sí... In... ves... —y la voz de de la joven se desvanece.

—¿Mmm?

—...ti ...ga... —y Ailén le da un beso en la frente mientras se duerme.

fff

Hoy la noche pasa en blanco. Ailén no llega y extraño su presencia en mi interior. Algo de mis nervios de concreto se trastorna cuando Alda se despierta con el sol y se sorprende al lanzar su brazo así como lo han lanzado ustedes, con más o menos delicadeza,

sobre la espalda o el pecho de sus amados y amadas— y caer en seco en el lado frío de la cama. Sobrevienen el temor, las sospechas, celos inexplicables, la ciudad demencial.

Se sienta en la cama y siente pataditas. Yo las siento fuertísimas y premonitorias. Con su bebé dentro no está nunca sola, como no lo estoy yo mientras alguien permanezca. Como esos versos que dicen «vive en la casa y la casa permanecerá». Pero más desconsolador que la casa sola, es la cama vacía del amado o la amada al despertar. Es un agujero negro.

Y pasa todo el día y vuelve de nuevo la noche y la joven mujer embarazada, sin noticias de su compañera, se acuesta una vez más. Y una vez más. Y una vez más. Sin noticias. Aunque le había prometido no volver a hacerlo. Aunque le había JURADO. Y visto lo que ocurrió, me parece que eso es muy importante para las personas.

Hasta que llega, con olor a sudor y a gato. Sigilosamente se desviste y comienza a susurrar.

fff

—Alda.

—

—Alda.

—

—¡Alda! —agitándole el brazo.

—¿Qué?

—Lo encontré. En el mar. Tomaba el sol en una hamaca. Vuelve pasado mañana. Va a recomenzar su vida. Quiere aprender italiano y ya prepara el divorcio.

—¿Y?

—El señor Guthrie, Alda. El señor Guthrie.

—Sí.

—Alda...

—Sí... —seguido de un largo silencio de cinco minutos.

De cinco minutos.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

Una energía oscura entre las dos nubla la penumbra.

—Voy a ver la televisión, Alda.

—Sí, ve...

—¿Estás...?

—Ve, ve... Vete...

A los pocos días nace la bebé sobre la mesa con la ayuda de la doctora Ailén — porque tiene muchos talentos— y Alda se va, sin prometer regresar y nunca vuelve aquí con nosotras.

Meses.

Ailén en el sofá. Piensa en la fragilidad de los lazos. En la implacabilidad de ciertas personas.

Y en el olor sin manos —de escasos hombres— que se niega a reemplazar ese aroma de mujer embarazada.

Alina

Primera parte

Nadia sin apellido. Mamá no le ha contado acerca de su origen, aquella noche anaranjada en donde fue concebida en medio de licores extravagantes y presencias afiladas de sangre y celos. Alda guarda para sí aquel hombre; lleva sellados sus ojos en sus ojos.

Es la noche helada y la tierra se mece. Arrulla a los ricos y a los pobres, a los desahuciados en los bares y en los hospitales, a los enamorados, a los que nunca están solos, a los malditos, a los humillados y a los despojados también. Agita los sueños de Nadia que corre desde su cama llorando hasta los brazos de su madre: la recibe tibia, como un nido de pájaro pequeño.

Nadia llorando. Alda acaricia su pelo, sopla dulce las lágrimas de la hija, seca las

lágrimas que se tornan rastros en lo oscuro. Las grietas invisibles en el rostro blanco de Nadia. Las cicatrices innombrables de la noche que lo cambiará todo: el goteo de un reloj primitivo que llevamos dentro y brota dando inicio a la cuenta regresiva natural: el fin de todas las cosas.

fff

¿Cómo encontró Alda a Ismael?

Ismael según sus rasgos físicos: rostro agraciado, piel trigueña, ojos marrones, un metro setenta y siete de altura, dientes en su sitio.

Ismael según su rutina: son las cinco de la mañana, se despierta con un radio sintonizado en Asuka Estéreo. No hace pereza ni se siente cansado. En las habitaciones cruzando el pasillo duermen Alda, Nadia. Le han arrendado la habitación. Aún es la noche. Se levanta de un salto y enciende la lámpara. Corre la cortina y mira la casa de enfrente: una estudiante también madruga y a través de la cortina se reconoce su sombra mientras se viste. Ismael la observa en las mañanas y en las

noches. Se llama Alina, la encuentra bonita, ojos verdes vivos, pelo rubio ensortijado. La cortina ondea. El velo trasluce tras la cortina pesada. Alina debe saber que es observada y agita la cortina con su espalda cuando de un salto se ajusta hasta la cadera el pantalón. Se abotona uno, dos, tres, el botón grande. Ismael sabe la marca del pantalón. O la imagina. Alina usa un pantalón según el día de la semana. No lleva brasier y la sombra de sus senos vibra y hace trepidar la respiración de Ismael. Su misión espía comienza desde las cinco. Es proyccionista cinematográfico de oficio. Cada mañana admira la rutina de Alina en su habitación. Horas después se pierde en los hombros redondos de Bibi Andersson, los dientes de Jennifer Connelly, los lunares de Margarita Terejova.

Alina se inclina hacia adelante y se acomoda el brasier violeta. Hace frío y su abdomen está erizado, la piel seca aterciope-lada después de la ducha fría. Se aplica desodorante y escucha Rei FM. El pantalón es ceñido, unos jeans desgastados que siguen el contorno de sus piernas firmes. El cuello está fresco y los «vellos finísimos y dorados de los

lóbulo de las orejas parecen de una fruta cultivada en el más puro jardín de Oriente». Así compone Ismael un barroco retrato cada día más exacto de su vecina, recoge características como un coleccionista: la voz inescuchada, el ritmo al caminar, su manera de sostener la taza de café al cruzar hacia la cocina. Alina estudiante de lenguas. Alina jeans desgastados.

La lámpara emite luz verde que se pierde en las esquinas de la pared y el techo desven-
cijados. El invierno, la humedad de la montaña contigua, las tuberías que ceden al desgaste del tiempo han tornado la casa de Alda en un repertorio de mapas pared tras pared. Óxido, moho, cal, uno para cada país que ella ha visto y él anhela. Formas desechas. Juegos de sombras para la niña: «Un unicornio Ismiel. Allí, gris y volando». «Un murciélago, Nadita, hadita. En esa esquina...».

Abre la ventana. Cierra la cortina y respira meditadamente una, dos, diez veces con los ojos cerrados. Visualiza su día. Agradece por amanecer un día más. Inhala despacio, consciente del crecimiento del pecho y del vigor que lo invade.

Labor # 1: llevar en su moto a Nadia al colegio (parte del pago del arriendo a Alda).

Exhala con los labios tensos y piensa, como todos los días, cuándo exhalará por última vez; si hoy será el día.

Labor # 2: atravesar la ciudad y hasta el mediodía llevar de aquí para allá libros a domicilio de la Biblioteca Ángel Argento.

Cien flexiones de pecho y cien abdominales encienden sus fibras.

Labor # 3: proyectar el cine del mundo en el Centro Ópera hasta las seis de la tarde, asistir a clase hasta las diez y atravesar la ciudad de vuelta.

Enrolla su colchón «henchido de tumores multiformes». Dobla él solo las cobijas de gruesa lana después de una feroz sacudida. Camina hacia la cocina y cruje el piso de madera de la casa en medio del potrero. «Buenos días» Alda despeinada, ojos en otro

mundo, sonrisa roja ensoñada. «Ismiel, Nadia no se encuentra bien, tuvo pesadillas... No tienes que llevarla hoy». Pregunta si todo está bien, Ismael en pijama, una sudadera vieja. Alda baja los ojos y sus labios —se muerde sus labios— se pierden en la penumbra de la faz, se confunden con los restos del sueño de Nadia. «¿Café?». «Sí. Rico». Nadia tiritando espesa en la cama de mamita, Alda mirando a Ismael caminar hacia la cocina, su mirada blanda ante el inquilino entrañable.

fff

Ailén en jean, camiseta negra, profunda, funesta y con voz ácida y un acento como el oleaje del Mar Negro:

Alda e Ismael se conocieron un año atrás, cuando Nadia cumplió cinco años. Recuerdo que las llamé por teléfono, felicité a Nadia y le dije que estaba muy grande y que la extrañaba mucho. Hacía dos años no las veía y ya me hacían falta, pero el trabajo no estaba muy bueno por esos días en mi ciudad.

Ahora en cambio, después de La Grieta — sí... la misma y única que yo recuerdo, la que partió en trizas la ciudad de Alda y separó el mundo un poco más—, aunque no se me resbalan los billetes fuera de los bolsillos, puedo decir que las misiones sobran y cada noche es mucho lo que debo lavarme las manos al volver a casa.

Alda me contó en el teléfono que por fin parecía tener un inquilino para la enorme casa en la que vivió con su padre hasta que él desapareció. Al preguntarle quién, pareció avergonzada al confesar la extraña manera como encontró a Ismael.

El aviso llevaba varios días en el periódico. Sin embargo nadie parecía interesado en vivir en las afueras de la ciudad, en un barrio impregnado de las características rurales que la urbe había olvidado hacía mucho tiempo: no era difícil encontrar vacas y cabras pastando junto a las inmensas casas, separadas unas de otras por potreros

desolados y árboles valerosos en aquella inmensidad.

La casa de Nadia no era la excepción y su historia se remontaba a los ancestros de su madre, un recuerdo borroso para ella, quienes con sus propias manos levantaron la construcción de estilo holandés, enorme y ávida de pasos en los primeros tiempos en que la habitaron.

Cuando viajé con Alda y Nadia —acompañando en el viaje de regreso a mi amiga, la primera vez que Nadia pisó la tierra que llevaba en la sangre—, me sorprendió el crujir antiquísimo de los pisos en cedro, las desvencijadas y hermosas paredes que parecían trazar mapas de países desconocidos, las puertas altas hasta el techo, los retratos de antiguas abuelas de vestido blanco, sonriendo como Alda, con la mirada agachada. El devenir de los materiales había colmado cada espacio de aquella casa con un halo especial: era sencillo transportarse en el tiempo entre habitación y habitación.

Estaba también el salón del Espejo, con un enorme espejo de marco dorado en la pared y una cama de varillas de acero y sábanas blancas en medio de la habitación. Junto al espejo, una silla. Era todo lo que había en el que fuera mi cuarto durante mi estadía. Fue allí en donde pasamos largas noches con Alda, conversando hasta el amanecer, casi como en los tiempos de su embarazo, pero con una distancia que ella asumió para siempre: ya no me tomaba de la mano. De cualquier forma ella se dejaba ir en palabras, refiriéndome aquellos momentos de su pasado que aún yacían sumergidos en las grutas profundas de su memoria. Yo, emocionándola con mis historias de cacería, combates, muerte y persecución, con todo lo que he hecho y visto en mi oficio.

Cuando se iba a dormir, con los ojos pequeños, ya casi dos líneas invisibles en el blancor del rostro, me decía tierna «nos vemos en el espejo», me daba un beso en la mejilla y se iba a su habitación, tambaleándose entredormida, en

medio de las brumas de los sueños que desde ya la poblaban. El salón del Espejo se convirtió en la habitación de Nadia cuando yo partí, y algunas veces me pregunto si el eco de mis historias se quedó rondando y ocasionó las pesadillas que asolaron hasta el final de la casa el dormir de la niña.

El deseo de un habitante más en la casa surgió tras la actitud perdida y el caminar de otro mundo de Nadia. Ya sin Vicente para que la visitara —quien por entonces se fue al mar en una tarde de julio, escapando de su amor fatal—, sin mí para que la protegiera, la soledad de Alda se acrecentó hasta extremos sobrecogedores y fue Nadia quien pareció sentir con más ímpetu los efectos. Se quejaba con Alda de que quizás un vampiro la acechaba y le tocaba el cuello en las madrugadas.

Lo que más inquietó a Alda fue el peligro de un duende, muy comunes cerca de las montañas, de modo que se decidió a alquilar una habitación a un hombre que le sirviera de compañía, protección

y, de alguna manera, supliera la figura paterna que Nadia desconocía, aparte del pobre Vicente siempre fiel y siempre enamorado, pero, creo, jamás correspondido.

Fue un martes en febrero, en los días de vacaciones ociosas en que los centros comerciales y los parques están repletos de niños y jóvenes desbordantes de energía (la que perderán cuando la vida adulta y los engranajes de las oficinas y las corporaciones trasnacionales les extraiga gota a gota su sangre). Era día de cine y verían un clásico japonés.

Nadia estaba feliz y casi no pudo dormir en la víspera de la película. Además, ese año ingresaría al instituto por primera vez y llevaban varios días practicando el saludo inicial a sus compañeros de clase. Imagino que como todas las mañanas, Alda sentó a Nadia en sus rodillas, recién salida de la ducha, limpia y fresca, y despacio, con un peine plateado, acariciaba y alisaba desde la raíz hasta la punta el pelo

brillante y terso de Nadia, que le caía hasta la cintura y que Alda solía recoger en una trenza dócil, rematada al final por un lacito índigo que rodeaba el cabello y se descolgaba libre.

Nadia no concebía el inicio de su día sin este ritual, durante el cual Alda le susurraba cantos etéreos a su hija, una voz heredera de la tierra y de las criaturas que la pueblan, y que en Alda tomaban forma de canción para convertirse en una pócima mágica que la pequeña recibía sagradamente todos los días de su vida.

Al concluir su ritual Nadia daba un brinco y dichosa miraba a Alda a los ojos, la besaba en la frente como si estuviera hecha de niebla y susurraba «tulipán» o «resorte» o «gelatina» o la palabra nueva más bella que hubiera aprendido el día anterior.

Las jornadas de lectura de Nadia, sentada en el regazo de su madre, eran tan extensas como las largas horas en el jardín, acostadas ambas en la hierba, perdidas en sus ensoñaciones. Alda salía

de su casa una vez al mes para reclamar el cheque que el abogado de su padre le entregaba puntualmente y para inquirir novedades sobre su paradero.

Aquel martes de febrero fueron juntas, como siempre, a encontrarse con el abogado. No hubo sorpresas. Luego se encaminaron, durante una hora de trayecto, hacia el otro extremo de la ciudad, hasta el Centro Ópera. Tenían mucho más cerca el teatro Everest, pero Alda adoraba deambular y, de vez en cuando, para curar una nostalgia de sus sentidos, necesitaba ver las multitudes en las calles, sumergirse en las nubes de olores a gasolina y maní frito e infusiones herbáceas y frutales, y sentir el palpito metropolitano desde dentro.

En el cine Nadia saltó de la silla y le tomó fuerte la mano a su mamá, se comieron un cono de fresa entre las dos y a las cuatro de la tarde se apresuraron a la casa, pues tenían cita con un hombre interesado en tomar la habitación en arriendo. Este hombre, por supuesto, era Ismael.

El mismo Ismael que proyectó la película para ellas, el mismo que les vendió el cono y le puso crema extra, el mismo que ayudó a Nadia con un paquete en el bus y cuyas manos, en el asiento contiguo, tras un leve saludo de compli-
cidad, llamaron la atención de Alda por la textura de la piel, el cuidado de las uñas y la conformación ruda de los dedos; el mismo que las hizo acelerar el paso nerviosas cuando siguió junto a ellas desde la estación de bus hasta la casa de Alda, un trayecto de diez minutos que lentamente pierde la uniformidad de las urbanizaciones de apartamentos y conjuntos cerrados, para transformarse en carreteras poco transitadas de casas imponentes y antiguas, portones automáticos o de rejas de acero mohosas, bajo el silencio retumbante que la montaña vecina le concedía a la zona y la extra-
ña fusión de ovejas y vacas pastando junto a excéntricas ancianas refugiadas del agitar citadino. Fue Ismael el que sonrió ampliamente cuando llamó «¡Disculpe!», Alda volteó recelosa, y le

preguntó una dirección, la de la casa que lo recibiría como inquilino una semana después.

fff

Sonrió ampliamente al decirle «¡Disculpe!». Lo hizo aún más para sus adentros, en medio del potrero. Casas enormes y la montaña encima. Para sus adentros pues la encuentra hermosa a Alda. Aparece un poco nerviosa. Agitada. Nadia está seria. La casa ni la habitación ni la distancia importan. Sólo estos dos ángeles. Sonríen aliviadas cuando comprenden quién es él. Le enseñan la casa. La siguiente semana viven juntos y beben vino para celebrar. Ismael hace un divertido brindis y ya Nadia siente que lo quiere. Confía en sus manos cuando la sostiene para alcanzar la reja del portón, los cajones de la alacena. Alda observa y está alegre. Así pasa casi un año.

«Sí, rico». «Rico el café que te voy a preparar, que te entregaré como la ofrenda diaria, nuestra oración de cada día», piensa

Ismael y camina hacia la cocina preguntándose qué le ocurrirá realmente a la niña. ¿Es posible no ir al colegio por una pesadilla? Camina y cada paso cruje y resuena en el silencio de la madrugada. Atrás Asuka Estéreo sonando imperceptible. No capta la canción que pasan en ese momento. Se abre el sonido de la ducha: como aguacero cayendo sobre el cuerpo de Alda mientras canta «...los azulejos reflejos del arroyuelo...». Él para en seco. Sus chanclas rechinan. La gimnasia lo ha llenado de fuerza imaginativa: «el agua límpida brota y cae y besa el cabello de Alda desnuda. Una gota se enreda y se esfuerza en el laberinto de la cabellera sinuosa. Surge en el cuello y respira la gota, se desliza lenta surcando la superficie de la primera vértebra. Acelera en curva hacia el costado derecho. La espalda nace como si fuera la primera mujer de la Creación. La gota es como mi lengua y barre la espalda igual a un tobogán...». Ismael nos llena de fuerza imaginativa: respiración de Alda y la gota se impregna de su vida. Alcanza la nalga derecha y la gota se eriza, una vez más el rumbo es impreciso: centro o cadera. Gana la cadera en su línea última,

donde se vuelve pierna, muslo firme de Alda que la gota besa. Rodilla fugaz. Disección anatómica, nada distinto a los mapas de la res en las carnicerías. Tobillo de aire. En los laboratorios, en las autopsias. Y muere ahogada en el fondo de la regadera. La gota.

El instante se dilata y él recorre cada rincón del cuerpo de ella. Anhela con más fuerza, cada día desde hace casi un año creciendo la trepidación de su respiración, la tensión de los muslos. Sus ansias fluyen desde la cima de la regadera hasta el eco del paso que, tras una exhalación resignada, Ismael reanuda para preparar el café que Alda recibirá con sabor de hogar.

Atraviesa el pasillo, al fondo la ventana de luz recién nacida. Fría, plomiza. Será un día lluvioso. Al descender peldaño tras peldaño el sonido de Alda se desvanece. Como si las paredes lo quisieran todo para sí.

En su cama, enroscadita, la niña se aferra gota a gota a la cercanía de mamá. No lo sabe, aunque intuye que la noche lo ha cambiado todo. Que esa sensación encima del estómago no la abandonará: el vértigo de la soledad creciente, ser amputada de tajo de mamá,

como un miembro enfermo. Gota tras gota empapa las sábanas. Las imágenes de la noche se deslizan tras sus ojos. Horripilantes. Palpables como si en verdad hubiera estado allí.

fff

Explican la ciencia, los expertos en procesos oníricos y psicología de los sueños, que el interior de un sueño es, para la mente, tan real a ésta, que si en el sueño llegásemos a ser víctimas de un asesino, un espanto o un zombi, por ejemplo, y nos alcanzara por completo el furor de la muerte, no despertaríamos ya más. Esto debido a que la mente asume como auténticos los hechos del sueño o pesadilla y envía órdenes al cuerpo para que sea abandonado. Eso explica tantas muertes repentinas en la noche, aparentemente tranquilas. Cuando dicen «murió tranquilamente», los doctores o los hijos de los recién fallecidos no intentan más que un paliativo contra la espantosa realidad: en el rictus de la

víctima, tenso pero infalible, está el beso frío de la muerte que pasó la noche regodeándose en ese otro mundo al que vamos cada vez que dormimos. Existe un órgano diminuto, con la forma de colmillo de lobo, que se inflama cuando las pesadillas son tales que pondrían en riesgo la vida de los soñadores: es el misterioso «ornicón del vientre superior». Desconocido para la ciencia, confundido o quizás mal llamado «páncreas», el ornicón segrega el líquido que nos despierta con la boca amarga cuando un sueño pasa al nivel de peligro. Examínese el ornicón de un «muerto tranquilamente» y se constatará lo que he dicho: hecho trizas, desparramando su bilis nauseabunda por los demás órganos.

¿A qué ha venido esta curiosa explicación? A temores que había sentido respecto a Nadia.

Desde antes de que Ismael fuera a vivir con las dos niñas, Nadia había comenzado a sufrir una serie de pesadillas cuya intensidad disminuyó notablemente en los primeros meses de vivienda

del inquilino, para luego, súbitamente, estallar aquellas dos últimas noches en las cuales, según me contó Alda preocupada en las horas de la mañana (motivo que precipitó mi viaje a visitarla), Nadia estuvo física y moralmente imposibilitada para levantarse de la cama.

Mis hipótesis eran dos: como ya lo expliqué, el eco de mis relatos y de los ancestros de Alda, penetraban el sueño de la niña, muy sensible a las frecuencias de tiempos remotos. O dos: era una augur visionando episodios futuros. No resta sumarle a la fórmula algo de noticieros, periódicos, chismes de barrio y televisión, raramente vistos por Alda y Nadia, pero nada más sintonizar un par de canales locales hubiesen bastado para atormentarlas con las bíblicas desgracias diarias de aquel país, de las cuales yo estuve al tanto durante mi primera visita. Como se vio al poco tiempo, todo aquello resultó cierto.

fff

Al descender cada peldaño hacia la cocina, Ismael recuerda:

El roce de la mejilla de ella. Ella, Alda, ella y su desprecio noble, respetuoso; no pretende dejarse arrastrar por la conmisericordia. Se intenta convencer, ahora y desde hace meses, de la imposibilidad de su pasión, depositada en una mujer inaprensible. Mas no inalcanzable.

La noche del beso:

La sala fría, la ausencia de cuerpos vivos. Se pregunta por qué, se sumerge a cada paso en la noche de hace ocho meses. La madera cruje y él se detiene. Alda se posesiona de su torso de hombre. Alda lo absorbe y él cierra los ojos y se pierde allá, en el recuerdo: la sala sin Nadia. Una canción. El beso.

El llanto de Nadia lo sorprende en medio de la escalera. Ojos cerrados. Se avergüenza de su postura femenil y gira para asegurarse de que sólo la casa es cómplice de la cursilería de su memoria. Fue siempre igual. Con las dos novias del pasado ocurrió de la misma forma, hasta que el tiempo hizo lo suyo y aquella amada sensación dejó de acudir. Le

dolía constatar este hecho, esta realidad: el tiempo implacable contra el amor.

La nobleza de Ismael:

Admirado por su tesón, buen trabajador, ojos grandes. Leal, fuerte, pelo bien recortado, piel trigueña. Voz inagotablemente amena. Dedos rudos y cuidados. Eso verían las mujeres que lo quisieron. Surgiendo a fuerza de hombre solo. Invencible ante el naufragio de su familia. La madre borrosa en una foto antes de abandonarlos. El padre destilando brandy barato en los pliegues de su camisa amarillenta. Los hermanitos flacos de mirada perdida. Ismael observando de frente, viéndonos mientras tenemos la foto en las manos. Trabaja desde que tiene recuerdos pero logró estudiar, recién comenzó la universidad nocturna. No se rinde ante el duro galope del mundo.

Alcanza el piso de la cocina, el corazón de la casa. ¿Quién mantiene el orden estricto del lugar? Alda, buscando el artificio de los vasos y los platos en su sitio tras no poder acomodar sus miedos y sus despasiones. Nace la luz en la cocina: así desea él iluminar la vida de

ella, colmarla de luz y vida, pero es más que simple sombra: el espesor cunde en un alboroto del pecho; no puede sosegar el trastoque de los nervios que tejen su destino aldánico.

Tiempo para el café negro sin azúcar. A su derecha el interruptor eléctrico. La luz amarilla se funde con la azulada que atraviesa las ventanas. Cortinas antiguas de frutas y sus nombres en inglés y español: pineapple, mandarina, watermelon, durazno y se le hace la boca agua cada mañana y abre la nevera y allí están las fresas de Alda, las manzanas de Nadia, sus ciruelas. Toma una y en diez segundos devuelve a sus manos la fruta escalpada, degollada, y juega con ella mientras busca en lo alto el tarro del café: una, dos cucharaditas en la cafetera plateada, la cierra a presión... ¡pero se olvidó del agua! ¡Uno no puede olvidarse del agua! Enciende un fósforo y del fogón nace la llama idéntica al cielo de madrugada. La cafetera plateada se calienta: en su interior el aire toma fuerza, gana presión minuto a minuto y ya comienza el café a tornarse negro, a despedir su olor acre de ausencia de algo.

Ismael absorto jugando con la piel de su frutilla a medio comer. ¡Cómo hace frío en las rodillas...! Y se frota y se frota. Así aquel domingo de rodillas heridas en el parque del barrio vecino, cuando juntas la mamá y la niña saltaron del columpio tomadas de la mano, la blusa de Alda se enredó con la cadena del columpio y se rasgó, descubrió la piel de su cintura hermosa, se precipitaron juntas en la arena y la piedrita y la rodilla: Nadia sangra y sus ojos se enrojecen, su madre se apura y cubre su cintura desnuda avergonzada, mira su cuerpo de aquí para allá en busca de más rupturas y rápidamente se concentra en su hija, quien ahora llora en silencio y se muerde los labios, el de abajo, el de arriba y sigue intercalando hasta que Ismael llega corriendo, ha visto toda la escena desde lo alto del pasamanos y saltó como un gato, levantó la pierna de Nadia, tomó la mano de Alda «¿Estás bien?», «Sí» y con la tela del vestido limpió la herida de la niña que casi se ahogaba intentando contener el llanto.

Los ojos de él en la cintura de ella, en la rodilla de la niña, en la piel de ella idéntica a la de su hija suave y su pupila no se detiene

escalando la pierna, rastreando muy arriba en las piernas, el pulso aumenta e Ismael se siente asqueroso al comprobar que sus ojos se petrificaron bajo el vestido de Nadia, confundiendo quizás los calzoncitos blancos con los de Alda, mirando súbitamente a los árboles a lo lejos sintiendo repugnancia por el insólito pálpito en su vientre y el pulso desaforado, nervioso de ser descubierto. Alda sin embargo absorta en su propia tela rasgada y Nadia comenzando a sonreír hasta romper en carcajadas, «¡Eres peor que una niña, mami!».

La cafetera está a punto de estallar y por fin se da cuenta, «¿Será que se me olvidó el agua?», respirando agitado por la fuerza del recuerdo —el origen del dolor— apaga la estufa y se quema los dedos intentando destapar elartilugio. Con un trapo la lleva al lavaplatos y abre la llave pero el agua brota miserablemente, apenas unas goticas... «Ha de ser porque Alda se está bañando», pero es obvio que no es por eso. Debería ser obvio pero sólo luego, cuando el recuerdo se completa con el análisis respectivo de los hechos, se hace obvio lo evidente.

fff

Si nunca les he temido a los vampiros, a los licántropos, a los celosos amantes enloquecidos ni a los cobradores a sueldo, abundantes en mi trabajo, sí me han espantado los desastres naturales: huracanes, terremotos, asteroides, inundaciones y agujeros negros. No es lo mismo cortar algunas cabezas que combatir desesperanzadamente la ferocidad apabullante de la Tierra quebrándose, sacudiendo sus entrañas y, como si estirara los huesos, haciendo crujir el nombre del miedo mismo. También me acechó por años el temor a la guerra nuclear pero el tiempo avanza y aún sigo esperando.

La ciudad de Alda esperó durante años, cientos, el regreso de su gran desastre. Cuando ocurrió produjo la famosa Grieta que Nadia y yo sorteamos con la última de nuestras fuerzas. Los avisos se presentaron desde varios días atrás: parecían sobres bajo la puerta

con letras cada vez más rojas presagian-
do lo impensable. Una leve sacudida de
la cama, el tilín de la cadena que
enciende la lámpara y pensamos quizás
que lo estamos soñando, que por error
nuestra mano se estrelló contra la mesa
de noche y precipitó al suelo el vaso de
agua. Era tan obvio, sin embargo... Era
evidente que la Tierra se desperezaba
antes de levantarse enojada, como murmu-
llos desde la Fosa de las Marianas. Pero
en aquella ciudad de conciencias adorme-
cidas, todos hicieron oídos sordos a las
advertencias de algunos locos de barrio
que con total certeza —y vaya que la
tenían, pues en sus vigiliass eternass
llegaban hasta el fin de la noche—
advirtieron a los demás: «Cuidado y les
caen muebles o pantallas encima de la
cabeza o se les rompe el tapete y la
baldosa bajo los pies...» A ellos, a los
iluminados callejeros, nada les caería
encima, pues sólo el cielo se abría
encima suyo.

La noche en que Nadia soñó con el
final de todas las cosas, se manifestó a

su vez en movimientos telúricos de ritmo respiratorio; estos fueron los que causaron el deterioro de las fibras íntimas de la casa y de su sistema hídrico. Aunque no sé mucho de arquitectura, uno de los tubos que atravesaba de palmo a palmo la casa sufrió serias fisuras. En la cocina el agua prácticamente había dejado de correr. Eso fue lo que Alda me dijo por teléfono aquel día lamentable. Ni ella ni Ismael imaginaron que el agua se estaría yendo para otra parte. No se les ocurrió pensar que el sótano lentamente se inundaba completo, sumergiendo en humedad los recuerdos de Alda y de sus ancestros: pinturas y retratos polvorientos, juguetes alguna vez amados, cartas, tostadoras, faldas que ya no estaban a la moda, miles de fotografías que la nostalgia impedía ver a Alda.

El tubo que se resquebrajó tras el temblor provocó el ablandamiento definitivo de la madera, del yeso, de los travesaños y las vigas. Como una terca anciana enferma de Alzheimer y osteopo-

rosis, la casa se mantuvo en pie hasta el último momento. Nadia lo sentía, me dijo, pues el olor a húmedo se volvió insoportable durante aquel día. Pero evitando la claridad indiscutible de las señales, siguieron su rutina diaria como si nada estuviera ocurriendo: exactamente como hizo el resto de los ciudadanos. ¡Como si nada estuviera ocurriendo!

fff

Rehace desde el principio el café: busca el tarro, mide la cantidad, sostiene bajo la llave y lento se va llenando hasta que la última gota salpica y helada eriza su mano. Fuego. Ismael espera.

El aroma lo vigoriza, aspira hondamente y se siente tranquilo. ¿Qué le espera hoy? ¿Cómo va a organizar sus labores? ¿Qué se propone conseguir? El café está listo y llena dos tazas hasta el tope. El mesón de piedra templea la vajilla, es posible sentir el peligro de romper la taza con un movimiento de ángulo errado, un golpe seco de taza llena de café. El primer sorbo recompone su espíritu. Alista en

su mano el de Alda, a ella también le gusta mucho...

«Sí, rico un café» le dijo ella recién mudado cuando él lo ofreció. «¿Fumas?» «No... desde Nadia». «Claro», con mirada sosegada mientras llevaba el cigarrillo a sus labios y se paseaban en el jardín trasero de la casa: hierbas descontroladas, un triciclo oxidado, una ventana extraída enteramente de algún lugar, reposando contra el muro expuesto a la intemperie y al sol tibio de las cinco de la tarde. El pasto crujía y la tarde los acercó en su nuevo papel de arrendataria-inquilino, compañeros de casa, hombre-mujer.

Anduvieron en círculos, Ismael detrás de Alda. Examinándola. Sus tenis, sus jeans negros, la blusita púrpura. ¿Veintiocho años? y fumaba gustoso y bebía el café. ¿Treinta quizás? Estudiando su cabello negro hasta la mitad de la espalda. Sus nalgas firmes. Su olor a perfume y a la tierra del patio, a café y a piel y a saliva.

Ahora bebe otro sorbo más largo y permanece el líquido en él, le extrae su esen-

cia como un maestro perfumero robándole el alma a un tulipán o a un lirio. Los meses pasan. El patio se torna sala. El café humea en la mesa de centro. Nadia duerme en el sofá. Ismael ha cortado leña de un árbol del patio venido a pique sin razón aparente y la chimenea arde vívida, su calor llega hasta los pies y las manos de ambos. «Desde que tú llegaste...» «¿Qué?» «Desde que llegaste... las cosas son mejores» dice ella mirando a su hijita de reajo. «Es nuestra casa, la casa de nosotros los tres» le dice ella apenas once semanas desde la mudanza. Feliz de tenerlo cerca. Él, un hombre de verdad, la compañía que ellas necesitaban. La mira y desde sus ojos insinúa el resto de su cuerpo. Toma la mano de ella, deja la taza sobre la mesa, acaricia su oreja derecha, la peina como a una niña y con súbita torpeza lanza su boca a la suya y se estrellan, ella se retrae, se repliega como hacen las dormideras al rozarlas, *mimosa pudica*, despega su mano, se lanza en pasitos hacia atrás y trastabillando se pone en pie descolocando la mesa de centro de donde se desliza la taza al piso y estalla estrepitosamente. Nadia se dobla hacia adelante de un

solo tirón y con los ojos enrojecidos abiertos de par en par dice «¿Sí se atrevería a comer carne así, viendo todo el proceso?» y vuelve a acostarse como si un resorte la atara a tierra. Ismael tiembla y está petrificado, desea... no sabe claramente lo que desea pero se siente humillado, despreciado, abandonado. Alda calla, lo mira y se cuerpo está sobresaltado, su labio sangra ligeramente, levanta a la niña en brazos y desaparece del salón.

Ismael trata de respirar calmadamente, espera unos minutos y se dispone a recoger los trozos de porcelana dispersos en el piso. El primero se hunde como un colmillo en su dedo pulgar. Queda allí flotante y brota espesa la gota roja. Sus dientes ruidosos de aquí para allá, absorto en la esquirra y su poder, acerca la yema del índice y prestando atención a todo detalle la perfora, estaca su dedo, y como si girara una bola de ping pong la esquirra se pierde de vista entre su carne. Aquella noche la mano derecha de Ismael se atestó de esquirras desperdigadas. Se mordió los dientes y admiró desconcertado los jirones de piel y la sangre fresca surcando la sangre seca, hasta que en medio de sus sábanas

salpicadas durmió la embriaguez de media botella de aguardiente que había pensado compartir con Alda y ahora purgaba su torpeza. A sus siete años, sin licor pero sí con las esquiras del retrato familiar, Ismael había reaccionado de forma idéntica tras sorprender a su madre telefoneando a su amante.

Ante el tercer sorbo de café y la debilidad de sus piernas arrebatadas de su vigor por la fuerza del recuerdo, lanza un suspiro al frío vespertino y se palpa el pecho inspeccionando su pulso: precipitado. Tanto como la madrugada del segundo acercamiento. A pesar de haber aclarado los sentimientos, de Alda habiendo dicho que veía en él a un amigo, a un compañero de casa, a un hombre íntegro pero sin atractivo sensual para ella. Ismael al tanto y conteniendo, repitiéndose «Sí, puede ser más fuerte una amistad...», con un alacrán devorando sus entrañas cada vez que entraba a la casa y el olor de ella lo aniquilaba. Con la pasión de él expectante, como un cargamento de pólvora bajo el sol del desierto, ella decidió en otra madrugada probar su instinto y darle un chance a su inquilino.

fff

Me parece que Alda nunca fue la mejor en cuestiones amorosas. Desde la adolescencia se caracterizó por una timidez pasmosa, no exenta de cierta introversión, sin duda cultivadas por la crianza solitaria con su padre, hombre por lo demás misántropo, ensimismado en sus recuerdos de viajes asombrosos juveniles, romances extravagantes y tardes tranquilas junto a la madre de Alda cuando aún vivía. Alda me refirió acerca de su padre y la relación que mantuvieron: una confianza férrea, una compañía precaria, largos silencios y largas charlas, en casa, junto a la vieja chimenea escuchando discos de acetato.

Lo amó como a nadie más en su vida y el secuestro que ella atestiguó en plena luz del día, arrancaron de sí algo más que una parte de sus entrañas; mientras su padre estuvo ausente —es decir, el resto de su existencia—, Alda desarrolló un agudo sentido de la incertidum-

bre. Cada paso significaba un posible tropezón o un medallón en el piso; cada día sentía que sería el último o proyectaba su edad cincuenta años hacia adelante y se agotaba tan sólo imaginándolo.

Por supuesto, era igual con los hombres y apostaba como en una ruleta los alcances de su amor. Conocerlos, en el sentido que suelen tener las mujeres de apropiarse de sus gestos, de sus formas y sus rutinas, no le interesó jamás. Sólo a Vicente le ofreció matices de su personalidad y sospecho que algunos besos consoladores, y a un par más su intimidad, al vivir con ellos durante algunos meses, sin mejores resultados.

Ismael fue un caso particular. Sin que yo lo conociera personalmente, fue tanto lo que Alda me describió sobre sus paseos por el patio, las invitaciones frecuentes al cine en donde proyectaba las películas, los detalles simples en la casa como prepararle un café o acompañarla a recoger a Nadia al instituto, que he llegado a sentir que él fue

también mi amigo, que también yo admiraba su nobleza e integridad.

Incluso una noche intentó besarlo... al menos de aquello que Alda me relataba, esa fue la única y fallida ocasión en que tuvieron un acercamiento de ese estilo.

Era de madrugada y habían bebido vino. Nadia dormía en su habitación. Estaban celebrando la entrada de Ismael a la universidad y la venta de una pintura de Alda. Pasaron la noche fumando —volvió a hacerlo tras la llegada de él—, escuchando canciones, charlando y sonriendo adormecidos, lejos el uno del otro hasta que el fuego se apagó. Alda me confesó que le había apostado a la duración del fuego en la chimenea el acercarse o no a Ismael. Ya sin fuego, sin luz, buscó en él un abrigo ganado a fuerza de incertidumbre. Eso fue todo. Intentó un beso al aire. No me contó más detalles y sólo sé que el romance no prosperó.

fff

Era de madrugada. El frío de la niebla cortó la entrada de la casa —Ismael se pasma— y una luz violeta —idéntica a la de ahora, mientras él recuerda en la cocina— colmó los ojos de ella mientras se levantaba de su sofá, rodeaba la mesa de centro, titubeaba sin dejarlo entrever y de pie, frente a él, sonreía y desprendía ese magnetismo primordial y humano del cuerpo, una magia que trasciende la invocación de cualquier palabra de cualquier lengua.

Se desgonzó sonriente, lisa. De medio lado rozando todo su brazo y su hombro con los de él. Allí supieron lo que ocurriría. Él, consumido expectante durante meses, encontró familiar y ordinaria la cercanía de ella. Alda acerca su nariz y sus mejillas al cuello suyo y entonces toda la protección se resquebraja, el hombre disuelve su conciencia, cierra sus ojos y la espera. «Nací para esperarte» piensa y comprueba su cursilería, se dice, y no le importa. No se mueve, no debe arruinar el momento y ruega por que sea para siempre, para siempre suya a su lado como ahora. Siente su aliento de vino, noche y

perfume y madera de la casa, asume el golpe de los labios húmedos y de la lengua buscando abrir su boca cerrada de puro miedo. Súbitamente lanza sus brazos alrededor de ella, ila agarra del pelo y voraz le lame la boca! Alda exhala y sus ojos más grandes y sus senos pequeños sobresaltados, observados fijamente por él. Incómoda lanza un «ahhh» rotundo y se desprende y sale corriendo de la sala. Ambos están ebrios. Alda se despeja al instante llorando sola entre sus sábanas. Ismael termina una botella de whisky con una mano y con la otra se masturba mortificado mirando por la ventana a su vecina Alina vistiéndose, como todos los días, como siempre que mira por su ventana.

Ismael desea, pero no puede, ahorrarse la vergüenza y la culpa de aquellas evocaciones. Mientras sube la escalera con las dos tazas de café, la suya prácticamente vacía, vuelve a la mirada agachada, los golpes de pecho, las esquiras en sus manos y brazos de los días siguientes a aquel incidente. «Perdón, perdón» y pasado un tiempo Alda «Estábamos tomados... yo también tuve la culpa».

«Nunca volverá a pasar». «Somos amigos, somos compañeros de casa» y meses después aparentemente olvidado. Pero ninguno perdió del todo una imagen concreta que día tras día, ante la presencia del otro, se repetía: la voluptuosidad infantil del pecho de Alda alterado; las cejas arqueadas, erizadas de Ismael.

Y ahora se detiene en la escalera. Debe pensar en algo distinto antes de entregarle el café a Alda. No puede y se le notará en los labios. La puerta del baño cerrada. El agua como la lluvia. «Te dejo el café en la mesa del pasillo... Que no se enfríe» dice en voz alta golpeando a la puerta. «¿Qué?» pregunta cerrando la llave de la ducha. «¡Que te dejo el café en la mesa del pasillo... no lo dejes enfriar!» «¡Gracias Isma!» de vuelta al agua, a remover las tinieblas de los últimos días. Una rara inquietud en la casa. El desasosiego del retorno de las pesadillas de su hija. La soledad de vuelta. El anhelo por la llegada en la noche de Ailén. Canta bajo el agua y su cuerpo lo agradece pero una pulsión de madre le advierte que nada está bien.

En vez de seguir hacia su cuarto, Ismael da vuelta atrás: se encamina hacia las habitaciones de ellas. Examina el de Nadia desde la puerta y pasa al de Alda en donde la niña bonita se apapacha inquieta entre las cobijas. El cuarto es pequeño, el mismo de Alda desde bebé. Los cuartos familiares —el de su padre y su madre, quienes dormían separadamente— están clausurados.

En un radio se escucha lacónico el locutor. Una lámpara opaca. Cortinas pesadas. «...nacionales: las luces del norte, perjudiciales para la salud...» interferencia, llovizna afuera, locutor adormecido «reportaron en Noruega e Islandia una decena de personas tras la contemplación repetida del fenómeno celeste. Las alucinaciones colectivas han llevado a los científicos a...» «¿Cómo está Nadita hadita?» pregunta sentado en el borde de la cama, ella asoma sus dedos y hace «hola» levantando el meñique. La penumbra absorbe la luz opaca de la lámpara. Sólo se esbozan las formas de ambos.

—Se va a acabar el mundo —dice Nadita con voz amortiguada por las cobijas.

—¿De verdad...? Yo no creo... —pareciendo tranquilo bebiendo de su taza.

—Tengo miedo de que el techo se me caiga encima —solloza la niña.

—Eso no va a ocurrir.

—Ayer me raspé las rodillas en el instituto.

—Ajá...

—Sibila me empujó porque no le di mi mandarina.

—Ajá...

—...

—¿Mmm?

—Me está doliendo la sangre, Isma.

—¿De las rodillas?

—...

—Déjame ver...

—No, se me mete el frío.

—Déjame ver, bobita.

—¡No!

—Ajá...

—El gatico no volvió, ¿cierto?

—No.

—¿Qué le habrá pasado?

—No sé.

—Yo creo que se lo comieron los monstruos.

—No creo.

—Me da miedo que los monstruos se me coman las piernas.

—Yo te cuido. Déjame ver.

—El mundo se va a acabar —dice y el dedo meñique se esconde, toda se sumerge en el fondo de la cama.

Él espera algunos segundos y desconcertado se levanta y sale. «...los países del trópico no deberían preocuparse por estos fenómenos, a pesar de los reportes...»

En la habitación de él la luz entra clara. Ve por la ventana: Alina debe caminar por la habitación y contonea sus nalgas apretadas en sus vaqueros sexis. La ducha de Alda ha terminado. Ismael se prepara para un largo día.

Intermedio

Ailén de aquí para allá, dándole vueltas al sofá de su apartamento solitario:

Hubo un tiempo en que los niños caminaban solos por la calle e iban solos al colegio, montaban sus bicicletas todos juntos y se quedaban hasta bien entrada la noche jugando a las escondidas en el barrio vecino de Alda. Ella alcanzó a disfrutar de estas libertades esenciales. No fue así para Nadia: esos tiempos fueron deteriorándose como el metal que se va oxidando lentamente. Cada vez se volvieron más comunes las rejas, los muros y los celadores. También la sensación sempiterna de que algo andaba mal, de que las esquinas escondían secretos oscuros que podrían matarte. Así me refería Alda lo que vivió durante su adolescencia, cuando estaba ocurriendo este proceso de

descomposición ligado al crecimiento incontrolable de la ciudad.

Una mañana entre muchas, lluviosa de abril, salieron los tres caminando hacia el instituto: Nadia con su capa impermeable color celeste, en su mano derecha su madre tomándola dulcemente, en la otra Ismael firme y protector sin aflojar un instante la mano de la niña. Los tres tenían el corazón liviano, esquivaban los charcos en el camino y guardaban la complicidad de un silencio soñoliento en la mañana.

En la puerta del instituto Nadia los abrazó a ambos e Ismael le alcanzó la lonchera que cargó durante el trayecto. Nadita pasó un día de juegos y clases, de aprender sobre los números y los animales de la Tierra. Alda volvió a casa e Ismael continuó hacia el trabajo, en donde proyectó *El espíritu de la colmena* y otras películas españolas en un ciclo sobre la dictadura. Alda bebió en soledad una taza de té verde y sintió que todo estaba bien en el mundo y que era bueno en gran manera.

fff

Nadia duerme.

Alda duerme.

¿Alina duerme?

¿Ismael?

Las niñas duermen.

Ellas duermen.

Ellas duermen.

Duermen.

Segunda parte

¿Cómo ser la interlocutora entre dos mundos? ¿Cómo mediar entre la vigilia y el sueño, desde la distancia? Heredera de tan importante habilidad debo confesar que aquella noche fue la primera vez en que realmente pude utilizarla. A miles de metros de altura, cruzando el Océano, entablé la conexión remota. Percibía sus dos voces como una sola, aunque era capaz de diferenciarlas a voluntad.

fff

¿Qué ves?

El agua del mar hirviendo.

¿Qué sientes?

Pavor.

¿Qué ves?

El agua del mar en ebullición. En el fondo, kilómetros bajo la tierra, hubo una explosión. Idéntica a la foto de la revista.

¿Qué revista?

Cualquier revista. Todas las revistas y periódicos. En la televisión igual.

¿Qué sientes?

El corazón se aprieta por las lágrimas.

¿A qué huele?

A piscina. Una piscina podrida en donde se practican rituales nefastos. Picos y patas de pájaros y brazos y piernas nadando en medio. Tripas. Orines. Sangre.

¿Qué ves?

Al presidente de Francia. Al presidente de los Estados Unidos. Al presidente de Persia o de Yugoslavia o de Colombia. A cualquier presidente. Está sentado en un trono, como un rey. Viste muy elegante. Es enorme. Su trono es más grande que todo el planeta y sonríe. No parece malo. Pero los corazones se parten. Él tiene la culpa de todo.

¿La culpa de qué?

Del agua hirviendo y del cielo rojo. En el cielo están una mujer y un dragón. Ellos tienen la culpa de todo. El techo de la casa se vendrá encima de los que están dormidos. El suelo se va a romper y todos nos vamos a hundir.

Iremos juntas por las calles agrietadas.

Hay un volcán en erupción y las ciudades y los campos arden. Es la guerra nuclear. Es el fuego del espacio. Es el núcleo violento del planeta. Los hombres que se despedazan entre ellos. Los hombres ávidos de muerte, ambiciosos de muerte. Los países que se despedazan entre ellos. Países ávidos de ampliar su fronteras y de comerse el mundo, de triturar a los otros en molinos de carne.

Mis manos se llenarán de sangre pero ustedes estarán a salvo.

Es un estruendo espantoso. Un dolor encima del estómago. Una soledad infinita.

Ser amputados de tajo de todo y de todos.
¿Cómo hacer que se detenga?

Hay una solución: Ismael. Ismael debe hacer el amor con Alina. ¿La conoces? Ismael debe hacer el amor con Alina. Ella tiene poderes. Ella es una bruja. Es buena. Hay que creer en ella. Ve y dile a Ismael. Hay que creer en Alina. Entonces todo se detendrá.

¿Alina?

Ismael sabe de ella. Pregúntale. Cuéntale. Acompáñalo.

¿Todo se detendrá?

Todo.

¿Todo?

Todo.

fff

Despacio, despacio abre la puerta de la casa para que no chirree. Está ebrio. Al salir de clases, extenuado por la intensidad de la

jornada, Ismael y algunos compañeros buscan un bar, escuchan rock y beben ron en copas hasta perder la cordura en menos de dos horas. Se acerca la medianoche. Se acerca una mujer: lo invita a una noche acompañado y con disgusto él se levanta y en su moto se tambalea, se cae una vez y se raspa las manos, acelera y llega a la casa borracho y cansado.

Se quita el casco y el chaleco reflector con lentitud y despacio abre la puerta, se agacha para quitarse los zapatos y da un tumbo hacia adelante. La noche está húmeda. Se queda en medias y camina por el primer piso, húmedo también. El agua del tubo roto ha seguido corriendo. Él no diferencia la humedad de la madera de la humedad de sus medias y aunque escucha y percibe el agua que subterránea, bajo sus pies, alcanza límites peligrosos, colmando el sótano hasta convertirlo en un inmenso tanque, suspira y dice: «plomero... mañana...».

Sube los escalones muy, muy despacio. Cada escalón le toma un minuto y se para a reírse y a recordar su vida melancólica. Su madre ausente, sus hermanos trabajadores, su mejor amigo, leal como pocos. Está melan-

cólico y feliz de su melancolía. Recuerda que una botella de aguardiente aguarda en su cuarto y apura el paso, a pesar de la fatiga esculpida en sus huesos y en sus párpados a lo largo de tantos días tan largos.

No hay luna. No hay luz, no hay nada. Ha subido a tientas de memoria. En el segundo piso, al frente el baño, a la izquierda las niñas de la casa, a la derecha su cuarto. Se queda pensando. Pasa un minuto negro. Se decide hacia la derecha y da un paso. Pisa entonces una muñequita de Nadia y la palma del pie se resiente con la nariz afilada del juguete, él salta y aspira fuertemente, ahogando un quejido, se rompe en el cielo la lluvia y Nadia dice a lo lejos: «¿Va a comérselos así, viendo todo el proceso?» con lo que Ismael reacciona y toma en lo oscuro la muñequita para llevársela a Nadia durmiente, aplacar sus pesadillas, que los pies de nadie se entierren en la nariz de nadie.

Unas gotas leves marcan el piso que ya no serán más vistas cuando se venga abajo: gotas rojas tras cada paso suyo.

A tientas penetra el cuarto de la niña. Se sienta en la cama. Acerca la muñeca. La escu-

cha respirar a la par con el agua del sótano de la casa, hecha un océano con oleaje propio, el agua que fluye desde el techo, desde las nubes, desde el cielo, desde Dios.

«Déjame ver...» susurra él y acomoda la muñeca bajo las cobijas y sus manos reptan. No debería estar allí. Se debate entre una pulsión en sus muslos y un cariño paternal. Nadia se agita bajo las cobijas, sus piernas se retuercen, los monstruos reptan en sus sueños y el mundo se acaba una vez más y se levanta de la cama con un grito, Alda también y en segundos entra al cuarto, enciende la luz y contempla la escena.

Todos pasmados. Las manos de él perdidas. Los ojos exaltados de Nadia sonámbula mirando al frente. Alda despeinada en su piyamita gris arrugando el rostro.

Nadie dice nada. Un trueno. El aguacero. Él pasa su lengua por el labio inferior y se levanta murmurando inocente «Tenía pesadillas... shhh...» poniendo el índice en su boca y saliendo seguro y confiado hasta que es jalado del brazo por la madre; lo mira hasta el fondo de los ojos y aprieta los dientes, respira

descontrolada y su oído sangra una lágrima que se perderá en el fondo de la Tierra.

Nadia cae despacio sumergiéndose en su cama y mamá apaga la luz. Cierra la puerta con una mano y con la otra lo sostiene, le clava sus uñas. Lo jalona hacia el cuarto de él, enciende la lámpara ambarina y a lo lejos, por la ventana, Alda ve el bosque y la montaña, nada más... El relámpago y la oscuridad, allá no hay nada más. La furia le impide recordar la misión que Ailén le ha encomendado. La misión más importante, más importante que ella o su hija: hacer que todo el mal se detenga. Él ve, por su parte, una casa y a Alina peinándose desnuda, quitándose el pantalón despacio, contoneando sus caderas, mirándose al espejo, como siempre la ve, siempre.

«¡Malparido!» y lo cachetea hasta el dolor mutuo profundo. Sólo su madre lo había golpeado. La cachetea de vuelta con la mano cerrada y la precipita hacia la pared, rompe la lámpara con su cabeza y se desmora contra la mesa, perdiendo la conciencia, ajena a lo que le ocurrirá en los próximos quince minutos.

Él se pierde en la oscuridad de la noche, en el rumor sordo del aguacero y en el murmullo lejano eterno de la ciudad. La lámpara hecha trizas hace jirones sus dedos cuando intenta encenderla imposible. Ella como una sombra espesa en el suelo, Alina totalmente desnuda mirando de frente hacia el cuarto de Ismael —llegó el momento de descubrirlo—, abre ella las cortinas de par en par y la ventana, la lluvia la baña, grita tres veces «¡Ismael!», su cabello rubio, sus ojos verdes, su cuerpo entero se eriza y se moja y él la ve, no hay duda, pero se queda estático y los minutos pasan, hasta que ella impasible se lanza hacia afuera, al vacío, cayendo etérea en el negror de la noche para esfumarse y su casa también desaparece, nada más que el bosque y la montaña, nada más, e Ismael advierte en su pecho un primer espasmo de hipo: el miedo se lo ha provocado.

Intenta, intenta que vuelvan la lámpara, el bombillo, pero sólo los cristales entre sus manos. Palpa la sombra de Alda y descubre las rodillas, baja hasta los tobillos, la aprieta y la arrastra hasta el corredor, hasta el baño en donde vuelve la luz blanca. Arranca la cortina

plástica, forma un nido en la tina, sus ojos se acostumbran a la claridad y con la cortina en la mano se la queda mirando: es bella Alda, su cabello más abajo de los hombros, los ojos negros y ligeramente rasgados, delgada pero de músculos robustos y vigorosos, la boca roja, sangrante, fina, la pijama gris recogida a lo alto de los muslos, de donde la toma y desenvuelve como si la pijama fuera una piel, hacia lo alto, hacia su secreto descubierto al fin para él, algodón, blanco y sobrecogedor, con cautela la despoja y los deja a un lado, la carga, la acuesta en la tina, se desabrocha el cinturón, se baja sus pantalones, le abre las piernas y entra dolorosamente en ella, encima de ella como un animalito silvestre, así los ve Nadia impávida, parpadeando de vez en cuando, sin saber si escucha o no el hipo entrecortado por los gemidos de Ismael hundidos en la boca de Alda.

Nadia no sabe si ve lo que ve, está ausente su conciencia y con la misma parsimonia vuelve a su cama y se acuesta y concilia el sueño en donde anda perdida desde hace meses: el fin de todas las cosas. Hoy es el fin de todas las cosas.

Alda abre los ojos y el peso de él la asfixia, el licor de su boca la hará vomitar. La tierra comienza su tambaleo y tiembla fuerte, movimiento telúrico, la Fosa de las Marianas, la Placa de Nazca, el atolón de Muroroa, el terremoto de Popayán, de México, de Chile, de Paquistán, los continentes y los países separándose, el planeta resquebrajándose, la gran Grieta concluye su formación de siglos y el suelo bajo ellos se parte, la tina y ellos caen hasta el primer piso y la madera no resiste el impacto, se raja, se resquebraja, se astilla, parece un barco naufragando, el piso se abre y da paso al sótano inundado de recuerdos, aguas oscuras y cenicientas, un mar que bajo sus pies se ha ido formando y ha avisado pero no lo han querido escuchar.

El agitar agónico de la casa, de Alda e Ismael, de la tierra misma se funden y Nadia, en medio de escombros, columnas y su colchón de hace cien años, con medio cuerpo sumergido, abrazada a una vieja viga a medio doblar, resiste durante diez horas.

La niña percibe allá, en el fondo del agua, cuando el día vuelve y el sol se filtra por entre los restos de todos nosotros, a mamá y a

Ismiel abrazados, fantasmales en una tina hecha trizas rodeada de muebles y recuerdos de antaño. Cinco horas o cinco minutos más, cuando ya se está despidiendo del mundo Nadia, Ailén arriba, se pregunta qué salió mal, quién no cumplió su parte de salvación, por qué allá en el fondo está Ismael si debía estarse amando con Alina. Las manos agotadas tras el infierno de ladrones, duendes, putas, vampiros, banqueros, mendigos, zombis, soldados, políticos, ciegos guerreros y desgraciados caníbales y paramilitares, mujeres embarazadas, niños vendiendo y robando dulces, estudiantes hambrientos, espantos, madremones y mohanes, brujas, magos y chamanes que tuvo que atravesar para llegar hasta donde su Alda, su Nadita, una escopeta en la mano y mordeduras en la otra: igual que siempre que el mundo se termina tantas veces.

Segundo poema de Vicente

Caminas de piedra

Vistes este atuendo a la deriva,
llegas descomunal en ti,
me has soñado errante por el afán de tus
noches,

sombras y silencios
donde los rostros te encuentran fantas-
males.

Respiras este ancho torso que te descom-
pone, que te amedrenta,

en habitada contemplación
del frío al frío
del azul al ámbar
del ciego diamante a todos los brillos del
mundo frágil

en donde se posan tus ojos y sus ojos
y nosotros en áspera carrera,

el rápido concreto, las venas férreas y la
fuerza de una montaña hecha acero y furia
aquí y allá —en todo momento—, entre el
desierto, entre la selva.

Un mar.

Un aire.

En un hondo café, cien países con sus
gentes:

oídos gozan mecidos, un rumor bautiza
con anhelos

(agua límpida, agua pútrida)

la frente ardiente de quienes han de creer
en el animal misterioso

habitante bajo las avenidas, tras los
muros, en las plazas:

golpes secos humeantes y zapatos,

estridencias como pájaros ebrios que
arañan, día a día, el corazón y su hueso;

agita los hombros y las hebillas,

arrastra el niño de manos de leche y
espuma

del cielo febril donde se adentra y sale,

donde descubre el desafío de los ances-
tros

o su lejanía y su mirar esquivo aparte de
una muchedumbre:

es la circulación espesa de un nudo de
mundo que en sí flota y nos compele
en un clamor de clamores incansable,
hasta que el fulgor retorna cual incendio
de luciérnagas
para guiar hacia el encuentro del instinto
de los verdes licores
de las músicas de besos.

Tu árbol, tu paso, tu voz
se insinúa en las pantallas, se condena en
las tuberías,
resuena en los colmillos del viejo cansado
hecho hermoso por sus horas
mientras salta entre los puentes, acaricia
los edificios, penetra su olor en las ventanas
y te posee entera
con su miembro oscuro y su irremediable
movimiento
parte de ti, de mí, de todas ellos o ellas,
o se recuesta y se funde, toma aliento y es
otra quien viene y lo ocupa a él,
rompe todas sus fuerzas y esquivo sus
embates para hacerse quieta

para contrariar todas las furias de almas
como luces de un soñoliento estallido
que puedes percibir en esa palabra
en ese solo sonido
en el espejismo o el oasis en medio de
una tierra
que sólo quiere durar para siempre.

Fiesta, fiesta

1.1. La mujer y la niña

Aquí comienza nuestro viaje mi querida Nadita, mi dulce amiga. Aquí comenzamos nuestro camino salvaje. Los vampiros andan sueltos, ¿lo sabías? Sólo estaban escondidos, sólo actuaban en la noche en sus castillos. Ya no tienen que esconderse, ya tienen sangre y tierra y la luz no los asusta. Ya llegaron los monstruos y nos quieren comer Nadita, a los niños y a los grandes.

Aquí comenzamos nuestro escape, saca las piernas de allí, eso es. Vamos, que tu mamá no está sola, el agua y la tierra la abrazan. Despacio, gira un poco, dame un beso, cierra los ojos, despacio vas saliendo, es como si volvieras a nacer, ¿te das cuenta? Es la

segunda vez que te traigo al mundo, ¿lo sabías?

Estamos listas, no hay nada que llevar. Di adiós, mira qué bella está mamá. La muerte no existe Nadia, dile adiós, sé buena niña y vamos, te llevo en mi espalda mientras te vuelve la fuerza. Saltamos estas piedras, hundimos las botas en el barro, qué caray si tenemos las manos limpias... Y no creas lo que te dije, se me olvidó que le hablaba a toda una mujercita: la muerte sí existe, nos anda pisando los talones y si no tienes suerte puede ser horripilante. Vamos niña.

¿Ves ahí en la montaña? Es fuego. ¿Y allá en los cerros del otro lado? También. Mira a tu izquierda, esos seres en la distancia, ¿cuántos son? Yo veo seis pero puede haber más. Hay que atravesar la ciudad, buscar los aviones, no sé a dónde llegaremos...

2

He visto o he creído en el fin del mundo,
he vivido esperándolo.

No hace mucha gracia vivir así pero se vuelve costumbre.

Hay países que tienen esos hábitos,
hay ciudades que se acaban y se hunden
en el barro.

Aquí no se puede hablar de ruinas,
todo lo que se construyó fue ilusorio,
quedó un recuerdo, como un espectro
entre los supervivientes que lentamente
se dispersan por el mundo.

Aquí hubo, sin embargo, una discusión
silenciosa que terminó un amor,
en el bar de nombre rojo y raro: «Bar
Tomate».

Aquí hubo besos recién nacidos de los
dos
en el torbellino de la calle de buses rojos
y estudiantes eternos,
sexo y amor y toda la desnudez de la
lengua y el cuerpo,
golpes contra algún muro, golpes solos
del que se ve traicionado,
música y libros, empanadas en la calle y
gente muy pobre

siempre presente, amándose ellos
también para aliviar el frío de una tierra
siempre ajena.

Hubo siempre la noche larga y las cancio-
nes de Alda,
el licor goteando de los techos,
un sofá viejo y mullido,
él recostado en el pecho de ella
soñando canciones que en alguna parte
dicen 'luna',
incubando la salvación de todos,
de una ciudad entera venida a pique, de
cualquier manera,
porque quizás el amor no existe o no
perdura o no solidifica
y si lo hace dura tan poco que esos edifi-
cios se derrumbaron como de harina,
esos callejones se agrietaron como de
papel
y el mundo se tornó nocivo:
es una ciudad a la que no se podrá volver.

3 *El gamín*

Estoy en el instituto abandonado. El instituto de mil ventanas rotas con mis hermanitos. Tengo un hermano y una hermana y entre los dos me ayudan a disfrazarme. El disfraz es de payaso con un sombrero de charro, es muy bonito. Pero mi hermano se comienza a desgonzar y lo cojo en mis brazos sonriendo, pues creo que finge. Pero mi hermanita se comienza a desgonzar y no la alcanzo y no sonrío cuando descubro que ninguno fingió y que ya no están vivos, desgonzados en el piso.

Grito, grito mucho, grito con todos mis pulmones hasta que la lengua me sabe a acero y mi grito sale de los salones, pasa la cafetería y la biblioteca y llega donde está mi mamá, que está pariéndome a otro hermano, ella sola sudando sangre.

‘¡No es posible! ¡No es posible seguir así! ¡Tantas dolencias, tanta angustia y miedo, tanta muerte! ¡No es posible seguir así!’

Mi hermano nace pero no llora ni se mueve.

Se está pariendo a la muerte.

Mi mami se reposa y luego se para frente a la ventana y luego se arroja al exterior cortándose el cuerpo a su paso por el vidrio. Yo grito, grito mucho y la sigo.

Cuando me despierto, una mujer y una niña están junto a mí. La niña tiene mi sombrero en sus manos. La mujer es muy seria y siento el miedo de la niña. Afuera se escuchan los truenos, los disparos, las bombas, la lluvia, los aullidos, los estertores. La niña tiene miedo de lo que escucha. También tiene hambre y frío.

—¿Ustedes me trajeron aquí?

—Sí —dice la mujer.

—Gracias.

—¿Conoce el barrio?

—Sí señora.

—¿Puede conseguirnos comida? Yo iría pero mi niña no está bien.

—¿Qué tiene?

—Está muy triste.

—Yo también estoy triste —le replico.

—Pero ella lo está más y no puede caminar. Por favor.

Me quedo pensando.

—Bueno, ya vuelvo.

Y sé que había una tienda cerca y si aún no han terminado de desvalijarla, deben quedar algunas latas de atún. Y me quedé pensando que esas deben ser la mujer y la niña que los encapuchados andaban buscando por la tarde, porque esa mujer y esa niña son malas, ellas están involucradas con todo lo que está pasando y llevan días acechándolas. Los encapuchados me han prometido que si les ayudo voy a hacer parte de su grupo y así no tendré más hambre ni frío, ni estaré solo ahora que mi mamá y mis hermanos están todos desgonzados.

Encuentro la tienda y la comida. Encuentro a un encapuchado y le cuento de la mujer y la niña.

En una hora vamos, me advierte, vaya y dígales que el ejército las va a rescatar y que usted ya vuelve, que va a mostrarle el camino a los señores. ¡Y después piérdase chino que se arma la fiesta!

Las dos duermen abrazadas. La niña tiene unos zapatos buenos y yo no tengo nada. Les dejo dos latas de sardinas al lado y me quedo mirando los zapatos. Se los desamarro despacito y se los quito. Ella murmura ‘¿Y se los va a comer así, viendo todo el proceso?’ pero no se despierta. Los zapatos me quedan al pelo. Ella también debe tener seis años. Y combinan con el estilo de mi disfraz, porque son de gatos y perros.

¡Y entonces me voy corriendo chino, porque vienen los encapuchados a armar la hijueputa fiesta!

4 El encapuchado

Aunque creo que soy un hombre, vivo siempre encapuchado. Mi cabeza invisible por el pasamontañas, no sé si la he visto jamás. Llevo una espada al cinto y en mi mano un fusil. Como todos los encapuchados, porque somos muchos, trabajo para el Tío. Él es nuestro señor y a él consagramos el cuerpo y la sangre de los sacrificados.

El gamín disfrazado de payaso me dice dónde están la mujer y la niña. El Tío ha consagrado las fuerzas de las últimas semanas para encontrarlas, porque nos dice que la niña es impura, que cuando la tenga entre sus manos todo este mierdero se va a terminar.

Yo quiero que se termine porque estoy cansado, aunque sigo haciendo mi trabajo con amor y fe, con la esperanza de agradar al Tío y a los señores que traerán orden al mundo. Por un motivo así de noble podría dar mi vida. Pero mientras tanto ayudo ofrendando la vida de los demás.

Estas últimas semanas han estado pesadas y los señores andan hambrientos. El Tío exige para él brazos y rodillas y a los señores les fascinan los ojos y las orejas. Nosotros nos conformamos con la sangre y de vez en cuando el hígado. Lo demás queda para los pájaros. Aunque esta dieta no siempre fue la mía, ni siempre me ha gustado, se vuelve una adicción, como una droga. Por las noches, cuando puedo dormir, en mis sueños anhele el día para seguirme nutriendo y al despertarme desecho lamo el borde de mi espada antes que

el primer trozo de pan y el primer sorbo de café.

El ritual exige que los sacrificados estén conscientes mientras se les retiran sus partes. Al comienzo no fue fácil pero la costumbre encalleció mis oídos, que eran mi punto débil ante los pujidos, los alaridos y las convulsiones ansiosas. Ahora, a voluntad, escucho o me aíblo en un silencio mío mientras mis manos operan con habilidad de cirujano. Me gusta ver a los sacrificados a los ojos e intentar transmitirles la paz que siento: el deber cumplido, la constatación de que no estamos solos en el mundo y de que hay fuerzas mayores que uno, ante las cuales no queda otro camino que sucumbir.

El gamín me dice que la mujer y la niña están escondidas en el instituto. Están en el primer piso, cerca de la puerta. La niña le tiene miedo a las alturas, todos lo sabemos. Y la mujer está armada y es una berraca, ya ha matado a varios de los nuestros. Así que no es un juego. Todo ocurrirá de la siguiente manera: iremos nueve y permanecerán tres en cada costado del edificio. Yo, junto a mis dos colegas, entraré por la puerta principal y doblare-

mos a la izquierda, desde donde la mujer nos recibirá a punta de plomo en la biblioteca y se llevará a uno de mis colegas de un tiro en la cabeza mientras el otro cae a tierra herido en una mano. Yo me mantendré tras la puerta y al ver en el piso a mis colegas tendré miedo y por eso me demoraré en continuar el ataque, hasta que escucho romperse los vidrios y al asomarme estarán saliendo por la ventana, pero ante la presión de los tres que guardarán ese costado, la mujer y la niña se verán obligadas a volver al edificio, esta vez al salón de biología, de donde saldrán hacia las escaleras interiores y subirán ruidosamente al tercer piso.

La mujer sabrá que es una mala idea subir al tercer piso, pero esa decisión llevará implícita la determinación de acabar hasta con el último de nosotros. Todo sería tan sencillo si el Tío no tuviera el capricho de quererlas vivas a ambas. Todo sería más difícil si no nos hubiera dotado para esta misión de dardos tranquilizantes aunque sean para cazar animales, pero es igual.

Le daré la orden a otros seis capuchos de subir a buscarla y yo solo escucharé uno tras

otro el golpe seco, como un bulto, en la medida que van cayendo al suelo, pues la mujer es astuta y se esconde en los gabinetes de las oficinas de los profesores. Yo escucho los cuerpos caer y así localizo desde dónde dispara y cuando me acerque la mujer habrá terminado su munición con la carne de cañón que le he enviado y no tendrá el valor de arrojarse por la ventana, así que caerá al suelo con un dardo en el muslo derecho y a la niña, muerta de tristeza, bastará con amordazarla y meterla en un costal.

Todo sucedió tal como fue previsto.

5

¿Sabes cómo es perder un lugar que supiste tuyo y amaste hasta el dolor?

Comienza con una suspicacia al caminar ciertas esquinas concurridas.

Luego en las esquinas solitarias.

Una día uno amanece frío, pisar el otro lado de la puerta causa pánico.

Pero hay que salir, hay que trabajar, reclamar papeles, papelitos, buscar lo que no se nos ha perdido.

Y otro día ya se sabe que todo está invadido.

Es invisible pero allí está.

Ya la ciudad no nos pertenece porque cada ladrillo guarda un poco de ese perfume aterrador.

Hay que alejarse y esperanzarse de que lleguen los vientos de agosto y el aire pierda su espesor de carne de tierra o de mujer.

6 *El Tío*

Es un gran imperio en medio de las montañas, los llanos, los mares y la selva. Sólo sé una cosa y es que no se trata de algo limpio. Uno puede saberlo, pero eso no le impide llevarlo a cabo. Estamos en el interior de la base de operaciones y allí se pierde toda sofisticación: es un lugar salvaje de empalizadas y antorchas encendidas, apto para rituales tribales y preparaciones humanas. Soy el gran jefe, el Tío, tengo unos 44 o 64 o 24

años, corte de pelo cuidado, rostro duro, grácil y atemorizante por definición. De mí emana el miedo, pues se sabe que todo aquí está bajo mi dominio y las paredes y las antorchas indican que es muy serio ir contra la corriente. Manejo con mano dura y soy culto, hábil, políglota.

La mujer y la niña están aisladas en alguna espantosa celda, desde donde contemplan por los cuatro costados los rituales. Eso me encanta pues el miedo sazona la sangre y los huesos, y de esa niña me lo voy a comer todo. Me voy a comer sus rodillas primero, sofritas en aceite con tomate y cebolla. Y luego seguiré con sus dedos, que con mantequilla y pimienta harán un manjar delicioso. El resto, el cocido, los ojos, la lengua, los pequeños ovarios, los pequeños pies, me los comeré en una sopa y después de tres días seguiré pleno y satisfecho. La mujer se la ofreceré a los pájaros, mis fieles amigos, mis señores.

Hacemos una salida al exterior, a través de un túnel. Somos un grupo excelente, con mujeres bellas y ambiente festivo. Salimos a un atardecer magnífico. Estamos en la entrada del túnel, en una plataforma, y nuestro

alrededor parece oscilar entre la playa y el océano, y el río Amazonas con su selva espesa y el río Bogotá con su podredumbre y el río Atrato con sus toneladas de huesos. La mujer y la niña esperan dormidas en su jaula.

Ahora es de noche y estoy entre las mura-llas de mi castillo. De los muros surgen colas de dragones y comienza la hora del banquete. Se desplaza a los favorecidos hacia la cocina. La cocinera coordina meticulosamente la preparación de los platos y ella me adora y me consiente cual un niño.

Sé que algunos de los que aguardan en las jaulas están desesperados. Es normal. Como las ansias antes del matrimonio o de un examen importante. Algunos buscan huir y se trepan de los muros con enormes pero inúti-les esfuerzos humanos. La mujer y la niña están pasivas. Están cansadas. Eso hará sencillo el destaje a los ayudantes de mi coci-nera. Pienso: ¡qué rico esa niña, esos huesos, esa carne! Y hacía tanto que la ansiaba que cuando mi lengua sienta el primer bocado, temo morirme allí mismo de pura dicha.

La mujer irá al altar de los pájaros: es una hermosa cascada cuyas paredes rocosas

conforman una escultura gigante. Al alejarnos lentamente del agua, en el piso se revelan la carne podrida, las vísceras, los dientes y las uñas, lo que menos complace a mis señores. Sé que el olor es espantoso, pero no me resisto a su profundo erotismo.

Más allá hay una construcción en madera, una torre y en lo alto una cabaña. Treparamos y allá arriba hay carne y vísceras en el piso y en recipientes. Está la cocinera, con toda su juventud, sus ojos verdes, su pelo rubio y de crespos abundantes y que habla como si estuviera cantando. Desde esa pequeña y miserable cocina se fraguan los banquetes más exquisitos.

7 La cocinera

Cuéntame una historia, niña. Si la historia me agrada, te puedes ir. En tu lugar le daremos al Tío doce niñas que tengo reservadas para la próxima semana, para un congreso internacional. No creo que el Tío se dé cuenta; con todo lo que come, es más gula que gusto. Pero si la historia no me place, mi

amigo el destajador te hará ver estrellas antes de que pierdas la conciencia. O puedes callarte y seguiremos el procedimiento normal.

—¿Le pide lo mismo a todos? —pregunta Nadia.

—No, pero tienes cara de mentirosa.

—Y si la historia le gusta, ¿me puedo ir con mi mamá también?

—Esa no es tu mamá.

—Sí, sí es.

—No, no es.

—Que sí.

—Que no. Si la historia es esa, que esta mujer es tu mamá, eres la mentirosa más raquítica que haya visto.

—Deja a la niña tranquila —interviene Ailén. —Yo te contaré la historia y ve desamarrándonos que cuando termine es apague y vámonos.

La historia de Ailén: «había una vez un muchacho que se llamaba Martín y una muchacha que se llamaba Alda. Los dos tenían dieciséis años y eran inseguros, tímidos y apasionados. En una ocasión, cuando cada uno por su cuenta, pues no se conocían,

estaban pasando unos días de vacaciones, se despertaron luego de un sueño que los perturbó muchísimo. En el sueño podían ver el camino a seguir para llegar a una piscina hedionda, llena de plumas de pájaros y de un olor ferroso como de sangre. Sin embargo, la sensación que el sueño despertaba en ellos era de una expectativa innombrable y de un amor infinito. Era algo que les hacía temblar las rodillas y que los animó a levantarse de la cama y a seguir el instinto que el sueño había depositado en ellos, como una brújula mística que los guió hacia la piscina. Cuando Martín llegó, él simplemente obedeció las órdenes del sueño y tomó a Alda de la cintura. Lo que él no pudo prever es que entre el sueño y la realidad sigue existiendo una enorme distancia. Alda se asustó y se fue corriendo, mientras él se quedó perdido, como un niño en la noche, ya enamorado tras ese contacto mínimo con el cuerpo de ella.

»Pasó todo un año...

—Sigue por favor —dice la cocinera.

»En la misma fecha, a la misma hora, otro sueño los incitaba a encontrarse en un bar de su ciudad. Alda tuvo todo un año para

reflexionar sobre qué haría si llegase a ver a Martín otra vez. Había decidido seguir adelante con lo que su cuerpo le ordenara, pues el sueño sólo le indicaba las coordenadas del lugar, pero callaba sobre cómo debería proceder. Allá en el bar, cuando se reencontraron después de un año de anhelarse, no se dijeron mucho, se besaron angustiosamente, Martín sintiendo el universo en sus labios, Alda sintiendo el universo también, pero a ella le supo amargo, de modo que cuando su cuerpo se lo ordenó, ella se levantó y huyó del lugar. Martín, devastado e impotente, se quedó sentado y enamorado, con la única esperanza de que otro sueño viniera para mostrarle de nuevo el camino y que esta vez ella se quedara con él para siempre. Es todo.

—¿Es todo?! —pregunta la cocinera.

—No, de hecho no —responde Ailén.

»Al año siguiente, la misma historia. Ahora se encuentran en un cine vacío. Ellos, como todos los enamorados, creen que el mundo se dirige nada más que a ellos. Mientras que Martín observa la escena y la interpreta como una invitación para amarse hasta ahogarse de pasión, ella la interpreta como el

escandaloso comienzo de un romance que no dejará más que dolor, desapariciones, heridas y celos. Y cuando él la besa y busca su piel y empieza a reptar sus manos bajando desde el abdomen hermoso de la joven, ella comprende que es el fin, sale corriendo y se va para siempre. Martín queda desecho, anhelando un encuentro futuro que ya nunca llegará, pues, como dicen, la tercera es la vencida.»

—¿Es todo? pregunta la cocinera.

—Sí, es todo.

—Esa historia no me gusta.

—Ni a mí, pero me dio tiempo de desatarme —y Ailén toma ágilmente el hacha y la lanza y se la incrusta en la frente a la cocinera, que queda viendo hacia el techo, teniendo como último pensamiento que la historia le hubiera gustado más simplemente si al final los dos muchachos se hubieran amado para siempre y hubieran vivido felices.

Ailén y Nadia se dan a la huida en silencio, encuentran un jeep —con dados colgando del retrovisor, propiedad de la cocinera— y arrasando encapuchados sortean la puerta principal sin demora.

8 *El monstruo*

Yo soy para servirle al Tío. Cuando los encapuchados no bastan, quedo yo. Cuando las reses se salen del cercado de la finca, quedo yo. Cuando los feligreses insinúan que se cambiarán de religión, quedo yo, bello, puro, con mi sonrisa grande y mi rostro al aire libre, aunque me llamen monstruo. Yo quedo ahí, yo estoy ahí, cuando la ley no es suficiente, para hacer cumplir el mandato del Tío y los señores. Yo no tengo miedo porque mi cuerpo no vive; soy un enorme amasijo de cables y de acero y sólo esta cabeza de hombre me recuerda lo que fui y que no extraño. En vez de manos tengo tenazas; en vez de pies, pezuñas y ruedas. Pero quiero creer que tengo un gran corazón, de lo contrario me siento solo. Cada vez que salgo de mi guarida cumplo mi misión con amor: devolver al que está perdido, destripar al que es rebelde, eso me demuestra que no estamos solos en el mundo y que hay fuerzas ante las cuales no queda sino sucumbir. Yo soy una de esas fuerzas, aunque sigo siendo mísero al

lado del Tío porque él es culto y políglota, sólo él traerá el nuevo orden al mundo: se lo va a comer todo, a los encapuchados y a mí también cuando no quede nada más. Cuando no quede nada más, él se ofrecerá a los señores y a partir de allí el mundo renacerá, una tabula rasa inmejorable. ¡Cómo no trabajar con fe ante estos designios tan nobles! ¡Cómo no traer de vuelta a la mujer y a la niña, esas dos traviesas que el Tío quiere tanto! ¡Cómo no olfatearlas y seguirlas por las grandes avenidas, por los viejos parques, por la Séptima abandonada y la Boyacá con sus cráteres lunares! ¡Cómo no pisarles los talones cuando se acercan al aeropuerto y cómo no batallar cuerpo a cuerpo con la mujer, si eso es lo que me pide y sé que no tiene ningún chance contra mi armadura de metal!

9

Maldigo al olvido,
ese enfermo de piel de ceniza,
ese traicionero jinete sin cabeza
armando el rompecabezas del mundo,

permutando piezas,
negociando fichas y destinos.

Salí a pasear un día
y me golpeó el pasado con sus agujas
doradas.

Sentí toda mi suciedad y mi desprecio
y comprendí que estamos condenados
a pisotear los recuerdos,
a amasar el destino a la fuerza,
a pretender indiferencia ante esa herida
siempre fresca
que nos raya un lugar, un cuerpo,
uno entre mil, uno con el que atravesamos mil puertas,
esa herida de luz
inmensa, terrible y bella.

1.2. La mujer y la niña

El escenario es un aeropuerto militar con un avión de guerra estacionado como fondo y, más lejos, un helicóptero Blackhawk. Sobre el ala del avión una niña agita su brazo izquierdo, haciendo barra silenciosa durante el

combate. Al lado izquierdo y derecho inferiores hay cajas de embalaje en madera, que se romperán cuando alguno de los combatientes sea arrojado sobre ellas. En la parte superior están las dos barras de poder amarillas, que irán descendiendo, convirtiéndose al rojo cuando los personajes reciban golpes de su contrincante. En medio de las barras, el tiempo en cuenta regresiva. La mujer de botas negras, jean y camiseta, de brazos bien forjados y mirada asesina está de frente al robot de cabeza humana, medio metro más alto que ella. Dos golpes del monstruo bastan para que la vida de la mujer baje a cero, mientras que ella necesita impactarlo siete veces para noquearlo. Ganará el combate quien venza dos asaltos.

Asalto uno. ¡Peleen!

La música de sintetizador inicia lentamente pero ganará velocidad en la medida en que la pelea se acerque a su tiempo límite. Son melodías orientales acompañadas de los múltiples gritos de batalla que los combatientes emiten cada vez que lanzan un golpe.

La mujer da un paso al frente deslizando apenas la suela de sus botas, el monstruo no se inmuta y en ese recóndito silencio aguarda algún ataque fugaz e inesperado que ha de tensar los músculos de la guerrera. Aunque no hay suficiente tiempo para que la luz del día cambie, el cielo permanece teñido de anaranjado, pues es un crepúsculo eterno de nubes violetas.

La mujer da otro paso al frente y es súbitamente proyectada al aire por una magistral y potente patada de su enemigo, que la hace retroceder sin contemplaciones, perder la mitad de su valiosa sangre y aterrizar mareada y, literalmente, con estrellitas dando vueltas sobre su cabeza. Si se descuida y recibe un golpe más, el asalto estará perdido y con ello la mitad de la pelea.

No se ha levantado del todo cuando el monstruo toma impulso y de un salto con un giro en el aire extiende su brazo derecho, el cual remata en una pesada tenaza, y dejando trazos en el aire, rastros azules y un grito de batalla atemporal, cae sobre la mujer que ha puesto su cuerpo en guardia y por ello, aunque sus brazos y sus costillas se debilitan,

no ha sufrido daños en ningún órgano vital. Su energía, sin embargo, se reduce a una cuarta parte; el aciago panorama indica que la única salida posible durante lo restante del round —aún de setenta y dos segundos, una verdadera eternidad— será esquivar totalmente cualquier ataque, pues el más mínimo contacto, incluso con la defensa arriba, le causarán la derrota parcial de la pelea. Debido a esto, la música aumenta su intensidad y casi se puede percibir una fuerza de tambores rituales preparando a los guerreros para su viaje al más allá. Eso no inmuta a la niña, quien en el fondo, sobre el ala del avión, continúa con el mismo movimiento acompasado, sin que en su rostro sea posible entrever emoción alguna. De hecho, los guerreros tampoco expresan exteriormente su frustración, su agonía o su superioridad, y es sólo en las barras superiores que se puede leer algún signo de la inminencia de su victoria o su derrota.

Aprovechando la cercanía al monstruo tras el último ataque, la mujer lanza una respuesta; apoyada en la pierna izquierda extiende en un ángulo de ciento ochenta

grados la pierna derecha, la sostiene en lo alto con sus manos durante algunas milésimas de segundo, como una bailarina congelada en su pieza brutal, y liberando la tensión acumulada en su cadera deja caer el enorme talón de su bota apuntando a la cabeza del monstruo, quien se defiende perfectamente moviéndose unos centímetros hacia atrás y contraataca tomándola de la pierna con una facilidad tenebrosa, y como si agarrara un hacha estrella a la mujer contra la caja de madera, que simulando un tronco se abre en dos y con ello la mujer yace derrotada en el suelo cuando el reloj se detiene y el robot alza los brazos y emite un horrendo grito de victoria parcial.

Asalto dos. ¡Peleen!

Todo vuelve a su estado original: las barras de energía, la cuenta regresiva, el ritmo acompasado de la música... Sin embargo algo invisible pesa al interior de cada guerrero. Para la mujer, el horror de saber que este puede ser el último round de su vida —pues es un combate a muerte—; para el robot, la ansiedad de la victoria próxima que

lo colmará de gloria y reconocimiento. Para ambos, lo que ocurra después de la batalla será efímero y bastará con reiniciar otro combate para que sea quien sea el muerto, vuelva a la vida sin necesidad de destapar la fosa de tres metros de profundidad. No hay que identificar huesos, prendas, pelo ni cenizas. Basta con un conjuro electrónico en donde las reglas del juego son precisas y se vuelve a la vida sin un rasguño.

En este segundo asalto la mujer piensa en la muerte, aunque nosotros sepamos que en su caso es efímera y que a nuestro antojo volverá a la vida para seguir luchando. Acaso sea igual nuestra muerte y no deberíamos tenerle miedo. Pero su rostro oculto contiene un misterio horripilante.

Ella inicia con un ataque aéreo, da un giro en lo alto y se proyecta hacia el robot amenazándolo con sus dos piernas que agita como los pistones de un motor. Su enemigo se agacha y cuando ella tiene su trasero al nivel de la cabeza del él, las dos tenazas se cierran como una trampa para osos y aprisionándola la hace girar varias veces y la lanza al otro extremo de la pantalla, en donde revien-

ta la caja de madera —que como todo lo demás, había vuelto a la normalidad al iniciar el segundo asalto— y fractura algunas de sus costillas digitales. Se recompone un segundo después, con media vida menos. La niña agita su brazo inmutable. La tarde no cambia su luz. Pero la angustia se apodera de la guerrera, quien ya de pie asume una posición de ataque similar a alguien que empuja un muro inexistente. Sus manos comienzan a brillar y a llenarse de un fuego fatuo y haciendo retroceder los brazos súbitamente, emite una onda de poder que atraviesa la pantalla como un rayo y golpea y debilita y empuja hacia el fondo al robot, que mantuvo la defensa baja. Ella emite un segundo proyectil y un tercero, alcanzando exitosamente al robot que ahora tiene estrellitas sobre su cabeza. La tarde no cambia su luz, la niña agita su brazo inmutable, la música aumenta el tempo.

Antes de que el robot, ese monstruoso robot sin compasión, se recomponga, la mujer se abalanza sobre él tras dar dos rápidos saltos, impacta su cabeza con la rodilla derecha y sin terminar de caer gira su cadera e imitando las hélices de un helicóptero al

ganar velocidad, lo golpea tres veces más, cada vez con una pierna distinta. Siete golpes en total. Fin del asalto. La mujer alza su brazo derecho y lanza un espantoso grito de victoria.

Asalto tres. ¡Peleen!

El asalto final. Aquí termina todo para ella o para él.

(¿Qué tanto ha deseado odiar?

Hasta el fondo, hasta ahogarme.)

El escenario idéntico. La niña inmutable con su bracito en alto. La tarde eterna por siempre y para siempre. Las barras de energía vuelven a cero. Los guerreros mirándose fijamente.

(¿Por qué no tutea?

Nos sentiremos raros...)

La cuenta regresiva da inicio al último asalto. El tiempo comienza a correr y ninguno se mueve. Estáticos, uno frente al otro, como quien teme dar el primer paso, arruinar el momento, ser rechazado, ser contraatacado. Sesenta segundos. Sólo se mueve el brazo de la niña. Cincuenta segundos. Sólo la niña. Cuarenta segundos. Treinta segundos. Veinte segundos. Diez segundos. Cinco segundos. Dos segundos. Un segundo y la mujer lanza de la nada un proyectil, pero en la mitad del espacio entre los dos, el tiempo llega a cero y la imagen se congela.

(¿Es nuestro primer o nuestro último asalto?)

Se declara un empate y será permitido un último asalto. Si en este asalto adicional también se llega a un empate, la pelea no tendrá ganadores ni perdedores, cada uno — es bello imaginarlo— regresaría a su casa, tomaría una ducha, una comida caliente y se acostaría a dormir y a soñar con la jornada. Reiniciará el próximo combate cuando se le requiera, con la memoria en cero, listo para luchar, una vez más, hasta el final. Sin embar-

go, dos empates consecutivos en una misma batalla es algo bastante raro y hoy no será el día.

La mujer despegas llena de furia y motivación con un proyectil de fuego que surge de sus manos. El robot salta y evita el impacto. Pero en lugar de volver a tierra, se queda flotando en el aire y su cuerpo vibra y zumba, cargas eléctricas le recorren su entramado de cables y aceros y microcircuitos que huelen, justamente, a tostadora quemada. Se ha arriesgado bastante al ejecutar este complejo movimiento que requiere de dos segundos de carga, pero la mujer estática y obnubilada parece casi complacida en su inmutabilidad y contempla el espectáculo con los ojos de un niño que va al circo por primera vez. Ni siquiera sale de su mutismo cuando llueven sobre ella las tenazas furiosas del robot, agitándose como los tentáculos de un calamar. Las tenazas envuelven a la mujer y la amordazan, recorren cada centímetro de sus brazos, sus piernas, su torso, su cadera, su cabeza, la niña agita su brazo, la luz de la tarde idéntica, y comienza a elevar a la mujer que se retuerce más y más mientras sube en el

aire, los tentáculos aprietan, ella siente ahora la presión de los aceros en el fondo de su piel, el robot extasiado con su mirada monstruosa, ella puja y la sangre comienza a brotar de sus poros y cuando está al mismo nivel del enemigo, cuando lo mira a los ojos y no puede más, grita, grita con tanta fuerza que la sangre le estalla en la boca, grita con la energía del que sabe que deja en ese ruido, en ese manifiesto, sus últimos alientos y quejas en el mundo.

—¡Naaaaaadiaaaaaaa! —con la boca rebo-
sante de sangre y las arterias del cuello
hinchadas al último límite. La tarde idéntica,
la niña agita su brazo, la niña agita su brazo y
se levanta y salta desde el ala del avión. Al
caer se raspa las rodillas pero no se soba.

—¡Aileeeeeeeén!

Corre hacia donde la mujer está siendo
ejecutada con parsimonia y gusto. Llega en el
momento en que el robot ha sacado seis tena-
zas más pequeñas pero más flexibles que
reptan y manosean a la mujer en la vulva, el
ano, los senos y la boca. La guerrera está a
punto de perder la conciencia, bañada en
sangre, sacrificada por los pecados de la

humanidad, toda su cabeza una marea espesa y la sangre oscureciéndose en su interior y afuera la noche comienza a caer.

La niña llega corriendo y gritando y llorando, con las rodillas raspadas. Salta intentando colgarse de las piernas de la guerrera y lo logra en el tercer intento: simplemente sus dedos que rozan levemente una de las tenazas tentaculadas y todos se precipitan pesadamente a tierra cuando el olor acre de la luna roja avisa que la noche se apodera del mundo. El monstruo ha replegado sus tentáculos y yace inmóvil, ha perdido prácticamente toda su energía en este riesgoso movimiento que debió haber durado hasta el final. La guerrera tose sangre y sufre de espasmos y convulsiones mientras la niña se abraza a su cintura desecha, mientras los pájaros se avistan del otro extremo de la ciudad contra la luna roja. Cómo se esfuerza luego para intentar arrastrarla hacia el avión, intenta, toma aire y lo consigue gracias a que la mujer pone de su parte y desde lo hondo de sus huesos algunas fuerzas remontan.

Ven con horror cómo el monstruo reinicia su movimiento. Ven la luna roja y los pája-

ros. Huelen la luna roja y los encapuchados. El avión está tan lejos... Nadia se queda mirando a Ailén. Se la queda mirando fijamente y le da un beso en los labios. Como una pócima mágica, la mujer inhala largamente y ya no se detienen hasta alcanzar el avión. El robot está en pie y se encamina hacia ellas. La mujer se sienta en la cabina del piloto. La niña en sus piernas. Es un moderno avión de combate y la guerrera conoce sus secretos, así que inicia los motores y en pocos segundos se alejan victoriosas del enemigo para elevarse hacia el cielo, hacia la noche, hacia otras ciudades y otros países con encapuchados menos malos y Tíos menos hambrientos.

Van sobrevolando tranquilamente la ciudad, con el alma ligera.

—¿Quieres hacer algo divertido? —le pregunta la mujer a la niña.

—Sí.

—Oprime este botón —le dice enseñándole un botón rojo.

¡Y cómo se divierte la niña viendo las chispitas sobre la tierra! Como haciendo maíz pira o raspando triquitraques.

El niño enamorado

Los días se van acabando y el cuerpo pierde las sensaciones tan queridas y tan vívidas del pasado. Quedan algunos recuerdos y el acto de remembranza se vuelve cada vez más duro: hay que escudriñar entre montañas de instantes y afinar el sentido de la intuición. Está también creer en lo que se recuerda, que con tanta facilidad se vuelve ficción en la mente, una transformación ingenua, curiosa y peligrosa.

En el colegio se contaban historias de la arenera: un día aparecieron huesos de una persona, una mano. Nunca la vimos y rápidamente dijeron que quien la había encontrado la había arrojado del otro lado del muro. Otra versión apuntaba a que la profesora de español la había guardado al instante, para no asustar a los niños. En unos pocos segundos

se tejieron relatos, que se regaron como chismes, sobre un antiguo cementerio indígena bajo los pies del colegio. En la imaginación de algunos estudiantes eran indígenas de televisión, como los Navajos o los Pielrojas norteamericanos. Para otros mejor enterados eran los Muiscas, los Quimbayas o los Huitotos, no tan espectaculares para la imaginación infantil.

El niño había anotado el primer gol de su vida pero nadie lo celebró, porque la noticia de la mano esquelética acaparó la atención de todos. Él, sin embargo, lo celebró glorioso. Levantó los brazos, cerró los ojos y se arrodilló. Una niña desde lejos se le quedó mirando y lo encontró tierno y, ya pasado el tiempo, ya hecha mujer, cuando ve fotos de futbolistas es la imagen del niño la que siempre acude primero a su memoria. Él volvió a celebrar un gol con tanto entusiasmo en el último grado, diez años después. Muy posiblemente el segundo gol de su vida.

El niño vivía pensando en esa niña y decía estar enamorado de ella. La niña parecía árabe, con los ojos grandes y negros y la

piel trigueña. Parecía árabe en su imaginación de televisión.

Un día se sentaron juntos durante una obra de teatro escolar y les tomaron una foto. El niño la guardó siempre y cuando la volvió a ver, después de tantos años, comprobó que se trataba de una niña muy bonita y que le seguía gustando. Quiso imaginarla ya mayor, cómo sus rasgos se habrían transformado, qué estatura habría alcanzado, el nuevo tono de la voz, su carácter. Por algún motivo, no podía desligar el recuerdo de la niña del recuerdo de la mano esquelética y del gol, y en su estómago se formaba un remolino placentero, pleno de nostalgia, de frutas en la lonchera y de besos maternos cada mañana.

Intentó buscarla escribiendo su nombre en el computador y hojeando en el directorio telefónico, pero sólo durante un par de días, hasta que se le olvidó qué buscaba y continuó con sus asuntos de siempre: el trabajo, la casa, el cine, algunos amigos. Intentó buscarla porque llegó un momento en que quiso comprender su destino amoroso y su pasado y lo que la vida le aguardaba. Se dedicó a recuperar en su memoria a sus mujeres, incluso

las de la más temprana edad: allí estaban Lina, aquella niña con la que hizo la primera comunión; Luisa, la vecina pecosa; Carolina, su primer dolor y el primer golpe de traición...

En esa búsqueda del pasado se tropieza con el recuerdo, aún vívido, claro y sólido, tan sólido como una montaña, de la muchacha de hoy, la joven con quien se acuesta desde hace meses y a quien le cuenta las historias de su infancia en la cama, en la oscuridad, tras amarse con sinceridad y fuerza. Recordando a la niña se le atraviesa en su mente la muchacha de hoy y comienza a confundirlo todo, a mezclarlo todo. Súbitamente, porque se lo propone —para que el remolino se apodere de todo su cuerpo— y porque aunque no lo acepte no puede ser de otra manera, su memoria pierde cualquier cronología y ve a la muchacha hecha la niña, a la niña hecha la muchacha, a la mano del indio hecha miles de manos desenterradas en su país, a los goles perdidos, al balón esquivo en un falso movimiento, a los amores de antes venir desde adelante, anhelándolo desde el futuro, y a sí

mismo postrado amando una sola fuerza y una sola presencia sin edad ni rostro.

Existe un poema de Luis Cernuda llamado «El joven marino» en donde pueden leerse los siguientes versos:

Cambiantes sentimientos nos enlazan con
este o aquel cuerpo,
Y todos ellos no son sino sombras que velan
La forma suprema del amor, que por sí
mismo late,
Ciego ante las mudanzas de los cuerpos,
Iluminado por el ardor de su propia llama
invisible.

Estos versos lo consuelan, lo interrogan y lo inquietan.

Tercer poema de Vicente

*«Pero aún estoy aquí, sosteniendo mi apuesta,
siempre a todo o a nada,
siempre como si fuera el penúltimo día de los
siglos.»*

Olga Orozco

algún día han sido todos nuestros
encuentros
nacidos en el presagio de la fotografía
la escalera
la ensoñación de un amanecer de pájaros
lentos

ya perdido el rastro de las horas
entre el café y tus pasos
como un ángel que muere dichoso
me sumerjo en la luz azul

de tu voz y mi voz y el silencio de la casa
de esta música que somos
y nos alienta en un abrazo y un latido

somos las muchas palabras y sus cicatri-
ces

voces inciertas de medianoche
anhelando la lejana verdad
efímera
oscura
verdad de vernos el fondo de los ojos

somos un manso sueño de cada uno
el mejor de mis lugares en el mundo

así es, Alda

un hondo vivo y tenso sueño
con los pies de este lado
al borde del abismo
de tu alma entre mis manos
de mi alma entre tus manos
una marca indisoluble
esculpida de tiempo y sangre hermana
más intensa que el deseo

que el ansia de arrancarnos nuestros
despojos mismos

algún día el último encuentro
siempre como el último encuentro
¿vendrás a la cama
entonces
a decirme al oído
cómo ha sido
entonces
nuestro último encuentro?

Fin

Este libro fue escrito entre Bogotá, Colombia y
Burdeos, Francia.

2007-2014